

QHC

2 mayo 1976

1082345

1082345

1082345

6205000238659

mdrsrs

C.I.

Las cítaras colgadas de los árboles se estreno el día 19 de septiembre de 1974 en el teatro de la Comedia, de Madrid, con arreglo al

REPARTO

MARCOS	Manuel Dicenta
ALONSO	Manuel Torremocha
DOMINGO	Alfredo Vázquez
ESTEBANILLO	Fernando Tejada
FRAY GUZMÁN	Antonio Cintado
CAMACHA	Margarita García Ortega
JUSTINA	Berta Riaza
OLALLA	Conchita Velasco
PORQUERO	Manuel Andrade
HERNANDO	Francisco Cecilio
MARIVEINTE	María Luisa Armenteros
LÁZARO	Jesús Puente

Porqueros; Pueblo; Soldados: José María Vara, Lolita Muñoz, Jesús Baro, Misael Babil, Millán Salcedo, Abel Navarro, Margarita Barceniña, Luis Muñoz, Francisco Algaba, Carlos Sotillo, Juan José Ortega, Justo Erdociain, Araceli Castillo, Alberto Ruiz, Antonio Montero, Jesús Musa, Rafael Laredo, Manuel Torres, A. Pasaporte.

Escenografía y figurines: MAMPASO. Realización de vestuario femenino y masculino: ANITA y GONZÁLEZ. Dirección: JOSÉ LUIS ALONSO

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

Las cítaras colgadas de los árboles es una historia, como todas, llena de gozo y pesadumbre. Se desarrolla en un momento en que, más tajantes que nunca, había dos Españas y una estaba más lejos que nunca de la otra. Un momento en que se mataron muchos espíritus, empujados a una desesperación en que era preferible morir pensando en otra vida: mejor o peor, pero otra. El momento en que nace la España americana, que fue entonces la Nueva, mientras el agua se había estancado tanto que sólo era ya fango, como esas ciénagas que ahogan al que quiere limpiarlas.

Procurar referir una historia con objetividad es la mejor manera de hacerse odioso a todos los partidos. Porque la Historia auténtica siempre tiene algo de confesión desesperada: no es una simple lápida conmemorativa, sino un paisaje que se aclara o se esfuma según las luces que sobre él proyectemos. De ahí que si corro el riesgo una vez más de escribir sobre Historia de España es porque tengo la seguridad de que el español debe convivir sinceramente con su propio pasado para poder después convivir con su prójimo.

La anécdota que, como vehículo, he preferido en este caso es el relato de un retorno —ese eterno retorno—, de una redención no consentida y de un amor que va más allá de los límites, si es que son límites para el amor los impuestos por unas circunstancias más pasajeras que él.

En los nombres de todos los personajes he deseado

SISTEMA DE BIBLIOTECAS
U.P.R. — RIO PIEDRAS

manifestar mi devoción a la literatura más española que haya: la picaresca, que brota de un larguísimo cansancio y también de una esperanza ciega: la esperanza, para serlo de veras, tiene que ser más ciega que la fe. (El protagonista de *Las cítaras* pensaba en la segunda mitad del siglo XVI lo que la mejor juventud del mundo entero piensa en la segunda mitad del siglo XX.) Con esperanza así se escribió esta comedia.

Antonio GALA.

P R I M E R A P A R T E

(A telón alzado, pero aún en el oscuro, comienza a oírse un rebato de campana no eclesiástica, sino como de antiguo zaguán. Las voces van llegando, cada vez más presentes. Luego, gritos, gruñidos, carreras, alboroto.)

ALONSO.—(Con la vana soberbia y la seguridad de siempre.) ¡Que todo el pueblo sepa que yo hoy mato en mi casa! ¡En lo alto del estrado de mi casa!

(Se acercan las voces multiplicadas.)

MARCOS.—(Mezclando con ellas la suya, destemplada y sin ritmo.)

*Dies irae, dies illa
soelvet saeculum in favilla,
teste David cum Sibylla...*

ALONSO.—¡Traedlo ya! ¡Arriba!... ¡Todos los que comen de mi pan tienen que estar delante!

DOMINGO.—(Con una risa bobalicona.) Por su pie está subiendo...

CAMACHA.—Santo, santo... Solito. A lo verde de las aliagas viene, pobre mío...

ESTEBANILLO.—¡Que se va! ¡Que se va pa las flores!

HERNANDO.—Así son: dos días sin comer y busca flores...

MARCOS.—(Imperturbable.)

*Quantus tremor est futurus
cuando judex est venturus,
cuncta stricte discursurus.
Tuba mirum sparge sonum...*

FRAY GUZMÁN.—(Interrumpiéndole.) Deje don Marcos el «Dies irae» para ocasión más propia.

CAMACHA.—¡Se nos va! ¡Se nos va!

ALONSO.—(Irritado.) Dóblale ya esa mano, Domingo, ¡hijo de puta!

CAMACHA.—Deje don Alonso también el hijoputa para ocasión más propia.

ALONSO.—¡Así! ¡Ahora el gancho! El gancho en la papada. (Un grito enorme.) ... si no, no hay quien lo mate.

CAMACHA.—(Entre gritos.) Es que él sabe que tiene que morir: por eso huye de todos.

ESTEBANILLO.—Hasta ayer nos venía a comer en las manos...

OLALLA.—Éstos, de nacimiento saben cuál es el día de su muerte. Benditos. Ninguno de nosotros conocemos el nuestro.

ALONSO.—Cierra esa puerta, maldita sea, Esteban, que se escapa.

OLALLA.—Lo que es muy largo de España no se irá: ya engarfiado...

ALONSO.—(Sarcástico.) Más de uno está en las Indias. He dicho que cerréis. (Más carreras, más jadeos gruñidos aterrados como infrahumanos. Los versículos, a veces tarareados del Dies irae. Un grito especialmente espeluznante.) ¡Ahora es nuestro!

DOMINGO.—Buenas patadas da...

ALONSO.—Sujetad, los de ahí, Camacha, ¡mala pécora!

CAMACHA.—¡El corazón estoy echando por la boca!

ALONSO.—Fuera verdad y una piedra echarías... ¡Sujétalo!... ¡Híncale más el gancho! (Gritos de terror.) ¡Y atadle bien las manos! ¡Venga! ¡Arriba!

(Ruido sordo de un cuerpo que cae. Forcejeos, crujidos de madera.)

DOMINGO.—Que se me va palante...

ALONSO.—¡Bendiga, Fray Guzmán! Aquí es donde se prueba quien es y quien no es cristiano viejo...

DOMINGO.—¡Pues de prisa, que es manioso y no ceja!

■ *(Viene la luz. Viene sobre el salón de estrado de la casa de ALONSO VARGAS. Todo en ella está decaído: los cuadros familiares, las cortinas, las paredes que se pierden al fondo cerca de los corrales... Como si una lentísima carcoma de dejadez, de tiempo y corrupción lo fuese devorando. Sobre una mesa tocinera, en el estrado, un cerdo semioculto por quienes lo sujetan. Tras de él, de frente, FRAY GUZMÁN, entre ALONSO y el BACHILLER HERNANDO. Cerca, ESTEBANILLO, con acetre e hisopo. DOMINGO, corre con la mayor faena, junto a algún otro hombre. En primer término, a un lado, JUSTINA, de espaldas a la matanza hierática, junto a la cuna donde llora casi siempre un niño de unos meses. Al otro lado del primer término, preparando los utensilios de la matanza y los avíos, la CAMACHA y OLALLA.)*

FRAY.—(Bendiciendo la casa.) Pax huic domui.

(Todos se santiguan, menos HERNANDO. Se vuelve a él FRAY GUZMÁN.)

HERNANDO.—(*Pendiente todo el tiempo de JUSTINA. Seco.*) Et omnibus habitantibus in ea.

ALONSO.—(*A HERNANDO, que sujeta también, con repugnancia, el cerdo.*) ¿No te santiguas tú, el de los latines?

HERNANDO.—(*Por el cerdo.*) Si lo suelto, se va... (*Rien los hombres.*) Con la intención me he santiguado...

ALONSO.—¡Intenciones! Luterano es lo que eres. En España no hay más que luteranos y judíos...

OLALLA.—(*Como para sí, reprendida por CAMACHA.*) ¿Qué sería, si no, de ella?

FRAY.—(*Con el hisopo que pide a ESTEBANILLO.*) (*Sobre el cerdo.*) Asperge me, Domine, Hyssopo et mundabor: lavabis me et sicut niven dealbabor... (*Santiguándose.*) Adjutorium nostrum in nomine Domini...

HERNANDO.—Qui fecit coelum et terram.

FRAY.—Exaudimos, Domine, Pater Omnipotens, aeterne Deus, et mittere dineris Sanctum Angelum tuum de coelis, qui custodiat, fóveat, prótegat atque defendat omnes habitantes in hoc habitaculo... (*A ESTEBANILLO, que distraído, ha volcado el acetre.*) Pon derecho el acetre, que me mojas los pies... (*Pescozón de ALONSO a su hijo.*) Per Christum Dominum nostrum. TODOS.—(*A OLALLA.*) Hoy martes, es buen día. Hay que rezar la oración de San Juan Retornado. Si lo ves en la sangre es que no vive. Si lo ves en el agua, volverá.

MARCOS.—(*Canturreando, con un ataucillo bajo el brazo izquierdo, ajeno a todo, yendo y viniendo.*) Dies irae, dies illa...

FRAY.—¡Callad todos! ¡Respetad la palabra de Dios! (*Bendice el cerdo.*) In nōmine Patri et Filii et Spiritus Sancti, extingatur in te omnis virtus diaboli per impositionem manuum nostrarum... (*Le impone las manos. El cerdo da un respingo que asusta al fraile.*) ¡Cogedle bien, rediez!... el per invocationem glorio-

sae el sanctae Dei Genitricis Virginis Mariae, eiusque incliti sponsi Joseph et omnium Sanctorum Angelorum, Archangelorum, Patriarcharum, Prophetarum, Apostolorum, Mátyrum...

OLALLA.—(*A CAMACHA.*) ¿Cómo empieza la oración de San Juan Retornado?

FRAY.—(*Alzando la voz para imponerse.*)... confessorum, Virginum atque omnium simul sanctorum.

(*Se vuelve a HERNANDO que mira a JUSTINA distraído. Le da un codazo.*)

HERNANDO.—Qui fecit coelum et terram.

FRAY.—Nada de «qui fecit coelum et terram». Amén.

HERNANDO.—(*Confuso.*) Amén.

ALONSO.—A ver si estáis en lo que estáis, ¡vete a briés! (*Enarbola un cuchillo.*) ¡Allá va!

FRAY.—(*Deteniéndole.*) A ver si estamos en lo que estamos... No he terminado. Kyrie, eléison. Christe, eléison. Kyrie, eléison. Páter noster.

(*Silencio recogido de todos.*)

CAMACHA.—(*Como si rezara el padrenuestro.*) Retornado es la Casa Santa de Jerusalén, en donde Jesucristo entró.

OLALLA.—(*Recordando.*) La segunda palabra representa las Tablas de Moisés.

CAMACHA.—La tercera, los tres clavos con que clavaron al Divino Jesús.

OLALLA.—La cuarta, los cuatro Evangelios que rigen este mundo.

CAMACHA.—La quinta, las cinco llagas inferidas al Santísimo Cuerpo.

OLALLA.—La sexta, las seis luces que pusieron las vírgenes para alumbrar el Santo Sepulcro.

FRAY.—Et ne nos inducas in tentationem...

HERNANDO.—Sed liberanos a malo.

FRAY.—(Concluyendo.) Nihil proficiat inimicum in eo. Que ningún enemigo saque provecho de él. (Se vuelve a ALONSO.) Ahora.

(ALONSO da al cerdo una feroz cuchillada. Un grito espantoso. OLALLA ha subido al estrado. Sentada en un escabel, recoge la sangre en un lebrillo. Estertores, gruñidos. Muy erguida, OLALLA da vueltas con la mano a la sangre.)

CAMACHA.—(Que ha subido también, mientras los hombres importantes descienden a primer término.) La séptima palabra de San Juan retornado representa las siete cabrillas que alumbraban el firmamento. (A OLALLA.) Sigue...

OLALLA.—(Alucionada, mirando el lugar de donde luego colgarán al cerdo, muy en la penumbra.) La octava, los ocho lamentos cuando ataban a Jesús en el madero.

CAMACHA.—¡Mira la sangre ya!

OLALLA.—(Que ve a LÁZARO DE AYALA, bajo la adaraja de la pared, junto al escudo y la cruz de Santiago. Se le aparece gallardo y bien compuesto, como «el conquistador de Indias» de un texto de Historia, quebrando la penumbra. Trae la aparición un ruido de chicharras y grillos, como una noche caliente de verano.) Lo estoy viendo ahí...

(Señala con la barbilla.)

CAMACHA.—Ahí, no. ¡En la sangre!... La novena representa los nueve meses que la Virgen conservó dentro de su vientre a Dios.

OLALLA.—(Intentando resistirse a la aparición, que se va y vuelve.) La décima los diez mandamientos de la nueva ley... (Se pasa la mano por la frente.)

CAMACHA.—¡Qué haces con tanta morisqueta!

OLALLA.—Espantarme las moscas.

CAMACHA.—¡No las hay!

OLALLA.—¡Lo estoy viendo, Camacha!

CAMACHA.—Pero, ¿dónde? ¿En la sangre? ¡Di!

(Amainan los gruñidos.)

JUSTINA.—(De pie, exaltadísima.) ¡Oigo gritos! ¡Alguien está haciendo ahí fuera algo terrible! (Mira atrás. El niño llora más.) ¡Toda esa sangre!

ALONSO.—(Con el fraile y el bachiller.) Mujeres delicadas... ¿No hay un vaso de vino en esta casa?

(Muy duro, a JUSTINA, que agacha la cabeza y va a servirlo de una alacena. El viejo MARCOS canturrea.)

CAMACHA.—La décima primera, las once mil vírgenes que acompañaron a Jesús en su pasión y muerte.

OLALLA.—La décima segunda, los doce apóstoles que con Jesús cenaron la última noche.

CAMACHA.—(Solemne.) La décima tercera palabra de San Juan retornado... Mira ahora bien en el lebrillo... son los trece mil rayos que tiene el sol y trece mil la luna. Que trece mil rayos le partan las malas ideas a quien quiera dañarme. Así sea. Amén Jesús. (Un trueno lejano.) La Mano Poderosa me ha escuchado. Siempre me escucha. Amén.

JUSTINA.—(Con los vasos de vino.) ¡Están pidiendo socorro ahí fuera! ¿No lo oís?

CAMACHA.—Sí. Pero son las Ánimas Benditas.

ALONSO.—(Mientras sirve JUSTINA a los otros, acariciando el cuello a OLALLA, en voz baja.) ¿No me quieres hablar, judiílla, hoy que estás en mi casa?

OLALLA.—(En alto.) Dile eso a tu mujer, que lleva catorce años sin hablarte. (Lo han oído todos. Disimu-

la. Baja ALONSO un poco corrido riendo con cara de conejo. Se oyen ladridos, que contagian a perros más próximos.) ¿Por qué ladran los perros? Todos los perros del pueblo están ladrando...

(JUSTINA la mira a hurtadillas.)

CAMACHA.—¿Lo ves o no?

(OLALLA. la mira fijamente sin contestar.)

MARIVEINTE.—(Desde fuera, lejos, acercándose.) ¡Madre! ¡Madre!

JUSTINA.—Se oyen golpes, como si alguien estuviese cavando fosas fuera...

HERNANDO.—(Para calmarla.) Son la burra y las cabras que patean en el corral: las desconcierta tanto griterío...

JUSTINA.—(Volviendo junto a la cuna.) Serán.

OLALLA.—Ya oigo cantar chicharras, Camacha. Y grillos...

CAMACHA.—Un manicomio. Todas oyendo cosas imposibles. En diciembre no hay grillos ni chicharras. Figuraciones tuyas. ¡Mira la sangre!

OLALLA.—¡Yo los oigo!

CAMACHA.—Muy bien. Entonces son las ánimas.

MARIVEINTE.—(Muy cerca.) ¡Madre!

JUSTINA.—(A gritos.) ¡Que se calle tu hija! ¡Va a despertar a mi hijo!

CAMACHA.—Tu hijo está despierto desde que nació... (En la puerta.) ¡Ven acá, Mariveinte, cachazona! (Aparece MARIVEINTE.) Siempre llegas tan tarde como cuando naciste, condenada: que ya tenía yo cincuenta y siete años bien cumplidos, Jesús.

MARIVEINTE.—(Sofocada.) Es que está entrando un hombre por el puente de fuera... Hace un día más pardo...

OLALLA.—¿Por el puente? Forastero ha de ser. Los de aquí saben que el río no llevó nunca agua...

ALONSO.—Si es forastero y es cristiano viejo, tiene hoy abierta la casa del alcalde. ¡Que venga!

CAMACHA.—(A OLALLA.) Mueve bien esa sangre, que se te va a cuajar. (A DOMINGO, que afirma.) ¿Ha cagao ya?

OLALLA.—Suéltalo. Ya no huye.

DOMINGO.—Era rubio el cabrón. (Un último estertor.) ¡Quieto!

OLALLA.—Que briegue. Déjale. Cuanto más briegue, más sangre suelta y más morcillas salen.

DOMINGO.—Sí, para ellos. Siempre estamos mandando para ellos... (Con su risa de bruto.) Un día nos levantamos bien temprano, ¿eh? y los matamos a ellos... así y así. Y ya está.

(MARCOS canturrea el «Dies irae».)

OLALLA.—No veo la sangre, Camacha. Hay mucha espuma encima...

CAMACHA.—Menéala, menéala...

MARCOS.—(Sentado, leyendo el epitafio de su pequeño ataúd alargado.) «Juntos vivimos, juntos luchamos, justo es que juntos descansemos.»

FRAY.—Requiescant in pace, abuelo.

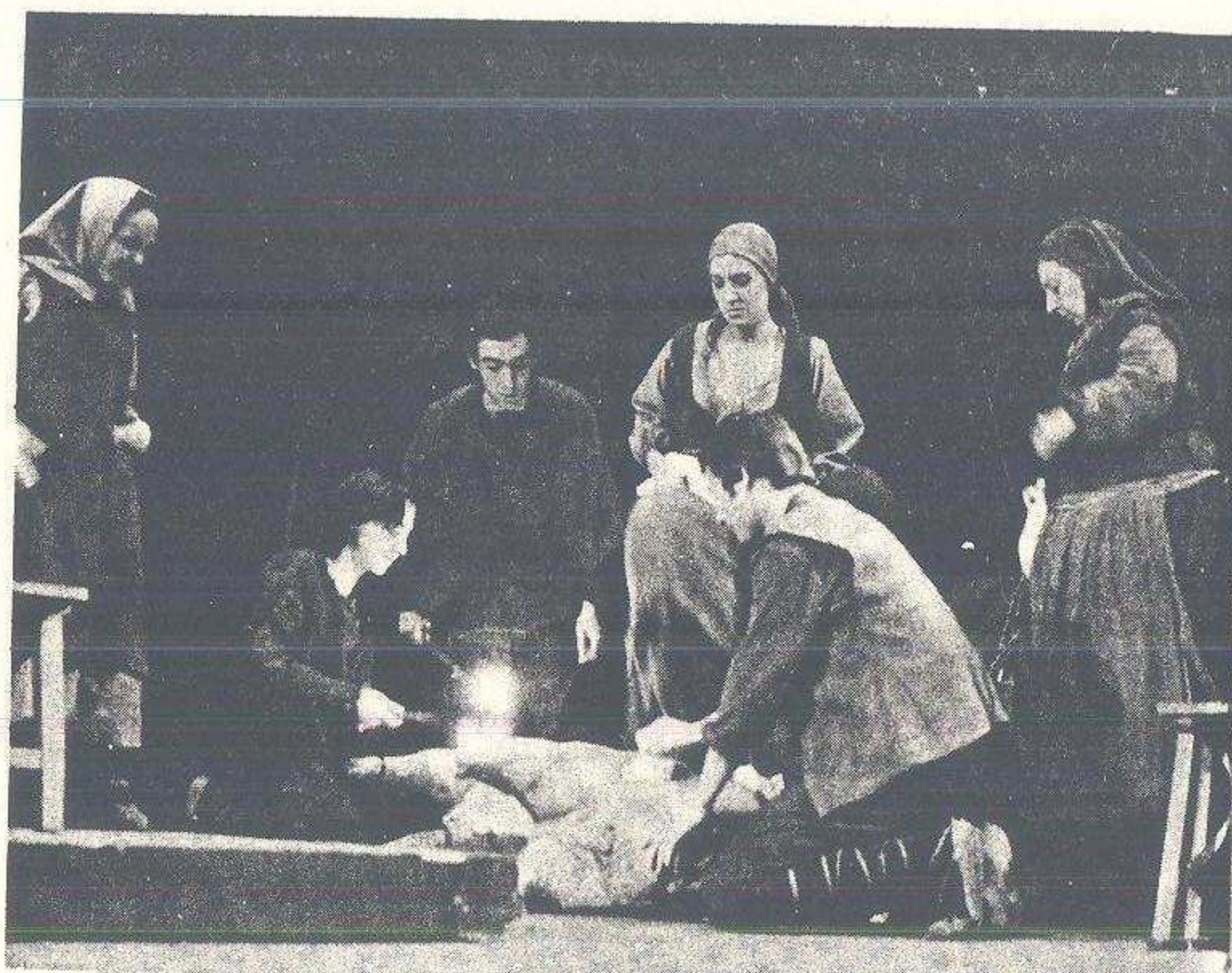
MARCOS.—Sí, señora.

MARIVEINTE.—(Coqueteando con ESTEBANILLO que la persigue y la mira con ojos de deseo, junto al cerdo.) Está vivo. Ha perdido el color pero está vivo, ¿no?

OLALLA.—(A DOMINGO.) Ponlo más bocaabajo, que suelte lo que tiene que soltar. Aquí hace falta sangre.

MARIVEINTE.—(Al cerdo.) Muérete, total ya... (Ríe ESTEBAN. A él.) He visto en el corral al de dos meses. Más bonito. (Señala.) Así y pesará lo que éste cuando llegue su hora... ¿Está ya castradillo?

ESTEBANILLO.—Ya está castrado el maricón... Mariveinte...



CAMACHA.—(Mientras empieza la socarradura del cerdo.) Hoy te quemas el mostacho, jodio...

OLALLA.—Catorce meses ha sido vuestro amigo al fin y al cabo...

CAMACHA.—(Que está en todo.) ¡Los leños!

ALONSO.—(Al bachiller que se ha puesto a leer y mira por encima del libro a JUSTINA.) ¿Qué haces, bachiller? ¿Tú también los breviarios como el dómine? (Le tira el libro.) Saber leer son quimeras que llevan a los hombres al brasero y a las mujeres a la casa llana... ¿No es cierto, Olalla?

OLALLA.—(Cortante.) Tú sabrás: yo no he ido.

ALONSO.—(Por humillarlo, a HERNANDO.) ¡Ayuda arriba!

CAMACHA.—Traed leños más curiosos, puñeteros. (A OLALLA.) Y tú, párate ya. ¿O es que quieres que este animal, él solo, inunde toa la casa de sangre? (Bajan al cerdo y lo depositan sobre los leños. Un espasmo.) ¡Ay, furioso, cuando terminarás!

OLALLA.—(De pie.) Bien muerto está. Lo que pasa es que hasta después de muerto se quiere seguir vivo...

CAMACHA.—¿Qué sabrá ella? Eso, sólo las ánimas lo saben. Benditas sean, Jesús.

(Se santigua.)

OLALLA.—(Comenzando el rito del fuego.) Con estas aliagas no hay ni para empezar.

(Las prende. Un movimiento de grandes sombras empieza a proyectarse sobre el fondo. Lloro el niño.)

JUSTINA.—¡El fuego va a despertar al niño!

CAMACHA.—¡El niño está despierto!

JUSTINA.—¡Yo me voy!

(Se incorpora.)

ALONSO.—(Desapacible.) ¡Tú te quedas! (Echándolo a mejor parte.) No vayan a pensar que mi esposa es judía... ya tenemos bastante con Olalla.

CAMACHA.—(Tapándole la boca a OLALLA, que va a replicar.) Tú que tienes buena voz, Domingo, cántale algo al hijo de los amos...

OLALLA.—(Por el cerdo, que aún mueve una pata.) Está diciendo adiós. No lo atendéis.

MARIVEINTE.—Adiós... (A ESTEBAN.) Dile tú adiós...

JUSTINA.—(Para separarlos.) Mece a tu hermano, Estebanillo!

ESTEBAN.—¡Madre!

(Ríe ALONSO.)

JUSTINA.—¡Mece a tu hermano!

CAMACHA.—(Mientras empieza la socarradura del cerdo.) Hoy te quemas el mostacho, jodío...

OLALLA.—(Insistente.) Catorce meses ha sido amigo vuestro al fin y al cabo... (A los importantes, descarada.) Podíais decirle adiós o hasta después.

ALONSO.—Los hombres no cruzamos saludos con castrones...

(Ríe.)

MARCOS.—(Tumbándose, junto a su ataúd.) Justo es que juntos descansemos...

FRAY.—Se va a enfriar don Marcos en las losas.

JUSTINA.—(Echando a ESTEBANILLO.) Ya no hay quien duerma al niño... ¡Levante, padre!

CAMACHA.—Cántale, tú, Domingo.

(DOMINGO se ha acercado deseoso a OLALLA y ESTEBANILLO a MARIVEINTE.)

DOMINGO.—Anoche fui...

CAMACHA.—Que la dejes y cantes, ¡zoquetudo! Pon tú sola el camal... ¡Y tú asegura la adaraja aquella!

MARCOS.—(En el suelo.) Dies irae, dies illa...

CAMACHA.—¡Hay que joderse con el loco! Esas coplas no son para dormir a niños...

FRAY.—En efecto: son para dormir a los mayores.

CAMACHA.—(A MARCOS, que se ha levantado y sube al estrado estorbando.) Váyase con el amo y con el cura. Y llévase esa caja de muerto que por chica que sea, no tiene buena potra.

(Gesto contra el mal de ojo.)

OLALLA.—(Entre el humo de las aliagas.) Huelen bien las aliagas... Primero por la herida... Socarrarlo primero por la herida.

ALONSO.—(Riendo.) Que lo rasquen los hombres. Hay cosas que las mujeres no deben ver de cerca ni en los cerdos.

CAMACHA.—Las mujeres no vemos esas cosas. Las sentimos o nada. (Risotada. Los hombres afeitan al cerdo. Manejan con palos largos las aliagas ardiendo. Las mujeres vierten el agua.) Con qué poca gracia movéis esas paletas... (Con intención.) Déjalo, Estebanillo, tú no sabes. Ve con la Mariveinte. (La MARIVEINTE está en la ventana.) Los sobacos, también.

MARIVEINTE.—¡Está lloviendo!

(Todos se detienen un momento.)

FRAY.—El Señor me ha escuchado; ahora mismo se lo estaba pidiendo...

CAMACHA.—(Con guasa.) Lo que es ser influyente.

JUSTINA.—(Obsesionada.) Algo va a pasar cuando llueve. La vida luego siempre cobra la lluvia.

ALONSO.—Agorera... ¡Alegría, alegría! Son panes que nos están echando.

HERNANDO.—(Al FRAILE.) Los del campo, el año entero con el ojo en el cielo, lo mismo que los frailes...

FRAY.—Pero nosotros sin esperar nada.

HERNANDO.—¿Sin esperar? Quién lo diría...

ALONSO.—¡Yo sabía que iba a llover hoy! (Al

FRAILE.) Aunque el mérito sea de su oración...

MARCOS.—Está cayendillo, cayendillo. ¡Qué bien!

(Sale.)

ALONSO.—Cuando sueño con toros negros, llueve por la mañana. Soplaba el ábrego y soñé con toros negros... Si llegan a ser coloraos, es nieve o yelo... Toda la noche anduve entre los toros...

CAMACHA.—A mí me dieran toros cada noche. ¡Benditos! Negros o coloraos, a mi edad da lo mismo.

DOMINGO.—(Acercándose a OLALLA, con disimulo.) Cuando hay sol, es peor, que las moscas acuden a tós sitios y son mu licenciás.

(Toca a OLALLA.)

CAMACHA.—(Golpeándole.) ¡Más licenciao eres tú! ¡Que socarres y dejes a la Olalla!... Esos pliegues del culo, bien rapaos. (Ruido de las cuchillas.) ¡Alguien los ha trasquilao con la navaja! ¡Que no quiero navajas! ¡Tejos y coberteras, no navajas! Quien no sepa matar que no se meta, ¡¡rediós!!

FRAY.—No jure la matancera.

CAMACHA.—Si es que con esto jura el santo Job, ¿no da pena?

FRAY.—Dejemos el Antiguo Testamento. A un buen cristiano los Evangelios le sobran y le bastan.

ALONSO.—(Con sorna.) Sobrarle, no. No se pase su reverencia de cristiano.

HERNANDO.—Difícil cosa es ésa. ¡Hay quien se pasa y hay quien no llega! Estar en la mitad es lo difícil.

FRAY.—No es estar lo difícil, sino ser. Esto es lo que olvidamos a menudo. Lo que importa, hijos míos, es servir al Señor.

OLALLA.—(Desdeñosa.) ¡Servir al Señor! ¿Nosotros? ¡Tan poca cosa como somos! Será el Señor quien tenga que servirnos, si no ¿qué haremos?

ALONSO.—(Abofeteándola.) ¡Judía renegada! La Inquisición debiera oírte.

CAMACHA.—(Mediando.) Con la Inquisición, chitón, don Alonso. Son palabras mayores y estamos de matanza... A la mesa entre todos. (Levantando al cerdo. No llegan a la mesa.) ¡Maricones! Otra vez... (Ahora consiguen ponerlo sobre la mesa.) ¡Ahí!

OLALLA.—Vivo subiste a esta mesa, compañero y ahora qué quieto estás... Para que te comieran tenías que morir.

(Llora el niño.)

JUSTINA.—(Levantándose.) Este niño no duerme. Yo me voy.

ALONSO.—¡Siéntate! Si eres tú la que lo haces llorar con tus melindres.

OLALLA.—(Inclinada sobre el cerdo con el cuchillo en la mano.) Yo sigo oyendo las cigarras, Camacha.

CAMACHA.—Raja y calla. Ya hablaremos de eso, pero no aquí y ahora.

(OLALLA hace una incisión desde la garganta al rabo.)

OLALLA.—(A DOMINGO.) Quebrántale las patas.

HERNANDO.—Eso hacían con los crucificados.

(El FRAILE lo mira.)

ALONSO.—(Arriba, asomándose al cedro abierto.) Si quieres ver tu cuerpo, abre un puercito.

OLALLA.—Pues, hala, a verse todos... También los amos son así por dentro. Y las amas. Y los frailes también.

CAMACHA.—Veinte veces me abrí como ese cerdo. Para parir. Dios mío, dieciocho me pude haber ahorrado.

(OLALLA saca una primera tripa.)

JUSTINA.—(Entra curiosa y horrorizada, a HERNANDO, que la mira.) ¿Qué es eso?

OLALLA.—(Desafiante.) El ramal de las casadas. De las bien casadas, quiero decir.

CAMACHA.—¿Qué va a ser? ¡La meadera! ¿Es que no la conoces?

ALONSO.—(Tocado.) Vete, Justina.

MARIVEINTE.—El gorrino pequeño está gruñendo.

OLALLA.—(Maligna.) No, es el niño que llora... En el fondo, da igual. (A CAMACHA.) ¿Sacaste el cagalar?

CAMACHA.—Lo saqué.

OLALLA.—Pues a izarlo.

(En el revuelo DOMINGO mete mano a OLALLA y ESTEBANILLO hace lo que puede con MARIVEINTE.)

ALONSO.—Yo os ayudo.

(Lo que quiere es tentar a OLALLA.)

CAMACHA.—(Que está en todo.) Domingo, tú no estorbes.

(Crujen las cuerdas.)

ALONSO.—(Descubierto.) Llamándose Domingo es natural que vaya tras del sábado, ¿no, páter?

CAMACHA.—Detrás, pase. Pero no tan pegao que restriegue el culo. (Se alabea el camal. Queda el cerdo colgado entre el escudo y la cruz de Santiago.) Descósele la herida.

(OLALLA lo hace y pone un lebrillo en el suelo.)

OLALLA.—La última sangre es negra.

CAMACHA.—¿Qué querías? El borbotón de un muerto es siempre negro.

(Llevándose las manos a la cara, OLALLA lanza un grito.)

ALONSO.—(Preguntando.) ¿Qué sucede ahí arriba?

CAMACHA.—(A OLALLA, bajo.) Te dije que aquí, no. (En alto.) A Olalla, que en la toquillica le salpicó la sangre...

(Empuja a OLALLA que seca la piel del cerdo con un trapo oscuro.)

ALONSO.—La sangre de los cerdos sólo mancha a los que no tienen limpia la suya. Olalla. Un cristiano viejo se honra con ella. Mira. (Se ensangrienta la mano y mancha con ella la cara de HERNANDO, que se clava las uñas humillado. JUSTINA se cubre los ojos. Risas.) Relámeme los labios, bachiller. Prueba que eres de buena raza. (Han comenzado a cortarle al cerdo la papada, las orejas, etc., mientras baja.) Así parece un fraile mendicante, todo lleno de andrajos.

FRAY.—La Orden Jerónima, no es mendicante, don Alonso. Trabajó con sus manos.

ALONSO.—(Irónico.) La orden más poderosa de España ¿trabaja con sus manos?

FRAY.—(Humillado.) ¿He dicho «Trabajó»?

CAMACHA.—(Sacando un entresijo.) ¡El alma del gorrino!

FRAY.—(Aprovechando el pretexto.) ¿A qué llamáis el alma?

OLALLA.—A lo que va tapando el corazón. Como en nosotros. (A CAMACHA.) ¿Mezclo esta sangre con la otra?

ALONSO.—(Riendo.) En esta casa, no. Que cada uno apenque con la suya.

(Empiezan a sacar las vísceras: el mondongo gris oscuro casi verde, el menudo...)

OLALLA.—Cómo humea, cuando se va la vida... (Llora el niño. Echan agua hirviendo contra el cerdo abierto en canal.) El corazón, los hígados, la asadura... (Los echa en un lebrillo.) La hiel, para los perros. Tírala, Mariveinte.

(MARIVEINTE la tira por la puerta y le da a MARCOS, que entra en ese momento empapado y que no se entera.)

MARCOS.—Cayendillo, cayendillo. ¡Más bien...!

JUSTINA.—¡Padre! Lo que faltaba...

ALONSO.—Seca a ese viejo o se lo llevará Dios.

(JUSTINA empieza a secarlo. MARCOS se le escapa.)

CAMACHA.—Cuelga el mondongo.

MARCOS.—(Palpando a OLALLA.) Este mondongo sí que está sabroso.

OLALLA.—Anda el viejo, se lo lleva el aire y aún quiere mondonguear. Si no tiene ya dientes...

MARCOS.—¿Y qué falta hacen dientes para ésto?

(Consiguen separarlo de OLALLA.)

CAMACHA.—Dientes sí tiene, que el herrero se los puso fijos. Lo que pasa es que aún no se acostumbró a usarlos.

MARCOS.—(Que se escapa, otra vez, por OLALLA.) Qué mujer más pontificia es ésta. Con su pañuelico. Y sus cejas en arco, que hay que ver. Y los dientes parejos y tan blancos... Qué hijos había de hacerle.

JUSTINA.—Qué sabrás tú de hijos.

MARCOS.—¿Y tú, que mucho es que has podido sacar dos? Y sin ninguna gracia, pobrecitos.

ALONSO.—(Aludido, a JUSTINA.) Te dije que te fueras. El viejo viene mojado, pero verde.

MARCOS.—Lo que yo necesito son anteojos y nadie me los da. Por lo demás estoy como hace cincuenta años. Como en las primaveras de hace cincuenta años. Vais a ver...

(Intenta dar una vuelta de campana y se cae como un muñeco roto.)

FRAY.—(Ayudándole a levantarse.) ¿Pesán esos cincuenta años, abuelo?

MARCOS.—No son los años. No, señora: qué van a ser los años. Es que no es primavera todavía.

(Llora el niño.)

CAMACHA.—(Con la vejiga en la mano.) Vamos a rellenarla, que se distraiga el niño y nos deje tranquilos.

ESTEBANILLO.—(Infantil todavía.) ¡La pajarilla!

MARCOS.—Aquí tengo yo una que está deseando cantar, más bonita...

(CAMACHA saca el entresijo.)

ALONSO.—Trae la escoba, Justina, que a escobazos haré callar al viejo.

OLALLA.—(A ESTEBANILLO.) Hínchala ya.

JUSTINA.—(Tensa.) No te pongas eso en la boca, Estebanillo, hijo.

OLALLA.—¡Qué dengues! ¿Es que tienes todavía la leche de tu madre? Pues ya va siendo hora de escupirla... En la boca hay que ponerse de todo. Aunque me parece que tú no estás en edad de hin-

char la vejiga de nadie: ya se te debe de hinchar a ti la tuya...

CAMACHA.—¡Huy-éste! Éste se alegra ya de haber nacido. Lo juraría yo...

OLALLA.—Eso, la Mariveinte lo sabrá. Pregúnteselo a ella.

MARIVEINTE.—(Sofocada.) Callar, que la señora está rezando...

OLALLA.—Pues que rece por todos que buena falta hace... (Golpea, con ira creciente, la vejiga contra la pared.) Y por ella. ¡Y por ella! ¡Y por ella!... (Como explicando.) Así se estira más.

CAMACHA.—No des ahí, que asustas a la burra y me va a comer con tanto golpe...

ALONSO.—(Jactancioso.) Que celosonas son estas mujeres...

(Mirada fría de OLALLA.)

ESTEBANILLO.—Voy a hincharla con un fuelle de cañón...

OLALLA.—Yo no hago ascos. (Se la pone en la boca. Sopla.)

ESTEBANILLO.—Es que esta tarde pienso besar a una...

MARIVEINTE.—(Saltando.) Será si ella se deja.

ESTEBANILLO.—Si ni es a ti...

(ALONSO ríe.)

MARIVEINTE.—(Descubierta.) Mierdoso...

OLALLA.—(Qué está poniéndose cada vez más nerviosa.)

¿Nadie me ayuda? Con lo grande que podía ponerse... (A DOMINGO.) Dame una hebra.

CAMACHA.—Es muy chico ese agujero, mujer...

OLALLA.—Más que el tuyo, seguro. Después de veinte hijos...

DOMINGO.—(Que trae una hebra para atar la vejiga.) Vaya gana de juegos...

OLALLA.—(Provocativa.) ¿Y qué? Así es la vida... (Por la vejiga.) Hace un rato estaba en su sitio haciendo lo que tenía que hacer... (Sopla.) Si los tuvieras tú siquiera como esta zambombilla...

DOMINGO.—De ti dependerá...

ALONSO.—(Que no quiere enterarse, pagándolo con los niños, que están en la ventana, a pescozones.) ¡Basta! ¡Que incordiáis a la burra!

MARCOS.—(A FRAY.) Yo tengo setenta y tres años...

JUSTINA.—Tienes ochenta y cuatro. ¡Y déjanos en paz con tu ataúd!

MARCOS.—(Desentendido.) Antes todo el mundo me decía: cada vez te pareces más a tu padre... y ahora resulta que es que soy mi padre. (JUSTINA le hace un gesto al FRAILE de comprensión.) Desde que se acabaron las guerras, la gente se ha ido recuperando en vicios.

FRAY.—(A JUSTINA.) Tiene razón...

MARCOS.—(A JUSTINA.) Esta señora es fea, pero buena. Me gusta...

ALONSO.—(Ríe. A ESTEBANILLO.) A mudar los corderos que no pueden quedarse en el corral. Agua y limpiarlo, que luego tú te vistes de domingo y siempre estamos al cabo de la calle.

CAMACHA.—(A ESTEBAN.) Espera que me ponga yo primero el refajo, que siento escalofríos.

(Sale al corral.)

ALONSO.—No le enseñes el gurrño a la burra, que le darán cuartanas... (A FRAY.) Licencias de matanza... un resobrino mío se casó con una holandesa, si estaría loco, en este pueblo. Aquí mismo se celebró la boda. Y la holandesa, buenas carnes sí que tenía: la verdad, salió ahí a dar de cuerpo y le picó en el culo una gallina... es cierto... es

cierto... *(Ríe.)* Desde entonces nunca salió al corral sin un puñado de trigo...

(ESTEBAN aprovecha para meter mano a MARIVEINTE.)

CAMACHA.—*(Que vuelve ya y lo ve, da un tortazo a MARIVEINTE.)* Las gallinas saben bien a quien pican... *(A MARIVEINTE, que hace pucheros.)* Alárgale las ganas, insensata. Por gusto que no toquen: que se pronuncien antes.

FRAY.—¿Cuándo vas a casarla?

CAMACHA.—*(Humilde.)* Cuando Dios quiera, padre... *(Desgarrada.)* Pero a este paso, en cuantico se me quede preñada.

OLALLA.—Entonces debió casarse ya, porque esa me parece que tiene la pelota en lo alto del tejado.

MARCOS.—*(A FRAY, que le huye por el descaro y la pertinacia en llamarle señora.)* A casa sucia, visita cierta, ¿no es verdad, buena mujer?

OLALLA.—Ayudar, todo el mundo a ayudar.

(Comienza el aseo del estrado.)

FRAY.—*(A ALONSO.)* Por la conversación, en vez de una matanza esto es como una boda...

OLALLA.—Mucho mejor, reverendo. Aquí no hay que cumplir con la novia... Y el cerdo, ya muerto, es más callao que el novio... *(Limpian las tripas. Por JUSTINA.)* Parece más un parto que una boda. Un mal parto...

CAMACHA.—*(A OLALLA.)* El agua hirviendo no, que se encallan las tripas.

MARCOS.—*(Cerca de FRAY, con su ataúd.)* Aquí estamos nosotros, viviendo a nuestro modo, ya lo ve la señora y pasando la vida de esta forma y volviéndonos viejos... No es hora de cambiar. Hay que esperar que escampe y eso es todo.

FRAY.—Qué manía le ha dado con llamarme señora, vaya por Dios.

ALONSO.—Que escampe, no. ¡Que llueva, que llueva!

MARCOS.—*(Entristecido.)* Dies irae, dies illa...

ESTEBAN.—Me voy con la tía Juana a borriquear un poco...

ALONSO.—¡Tú te vas a sacar a los corderos!

(Lo lleva de una oreja.)

CAMACHA.—*(Mientras lo sacan, por ESTEBAN, al FRAILE.)* Por eso, como es hijo solo —el hermano es tan chico y no creo que se logre— se pelean las mozas. Con esa cara de bujarrón que tiene... *(A MARIVEINTE.)* ¡A ver si te despiertas, so paponal!

ALONSO.—*(Vuelve. Lloro el niño más fuerte.)* Este niño no para. ¡Qué cruz!

CAMACHA.—Que el bachiller le eche un ojito, ama. *(Con la mala intención.)* El bachiller es como de la casa... *(A FRAY.)* Hace dos años un niño se secó y lo salvó el bachiller, que estaba. *(Lo imita, cojo.)* bailando en una boda. Tres ollas de agua se bebió, bien hervida. Con la mortaja preparada que estaba. «En cuanto tome la primera cucharada, se salva», dijo éste. Y así fue y así fue.

ALONSO.—Nuestra Señora de Guadalupe fue la que hizo el milagro.

CAMACHA.—Eso, sí. Pero quien mandó darle el agua fue el bachiller.

JUSTINA.—*(A HERNANDO.)* Pero, ¿es que va a morir este hijo mío?

(HERNANDO baja los ojos.)

CAMACHA.—La envidia y el mal de ojo son muy malos, mi ama. A mí se me murieron dieciocho...

OLALLA.—*(Repentinamente rabiosa.)* ¡Yo nunca qui-

se hijos! ¡Se mueren casi todos! Y los que no se mueren chillan mucho. Todos los animales hacen ruidos, pero el peor de todos es el grito de los niños: ¡Se ahogan de tanto como chillan!

ALONSO.—(*Le da una bofetada. JUSTINA, lo ha mirado ultrajada.*) ¡Es natural que una marrana, prefiera a los marranos!

CAMACHA.—(*Mediadora.*) ¡Hala, hala! Vamos a la cocina a lavar bien todo esto. Que más vale lavar que no tirar.

(*Han puesto un palo abriendo el canal del cerdo, vacío y pálido, con las manchas oscuras de los riñones en el centro.*)

MARCOS.—Juntos vivimos, juntos luchamos, justo es que juntos descansemos.

OLALLA.—(*Mirando al cerdo, más tranquila.*) De nácar parece ahora, de nácar y de aljófár. Quién se lo iba a decir. Lo que limpia la muerte...

ALONSO.—(*Buscándola.*) Y ese par de riñones, ¿de qué parecen?, di.

OLALLA.—Son como los de un hombre que yo sé.

(*Van a salir hacia la cocina.*)

MARCOS.—(*Despertando de su modorra.*) En la cocina no. ¡Yo quiero ver! En la cocina no...

ALONSO.—Lo que ahora viene es cosa de mujeres.

MARCOS.—¡Me cagüen san!

FRAY.—Don Marcos...

MARCOS.—¡Disimule, señora!

FRAY.—¡Y dale!

CAMACHA.—Ay, luego, de la olla, salen unas tazas de caldo, padre mío... Pa parir, no le digo más que eso. Dan ganas de parir con tal de beberse una.

ALONSO.—Después de veinte veces, ¿quieres seguir pariendo?

CAMACHA.—Otra más, otra más, otra más... es que si yo no como cuando mato, me duele toda el alma.

MARCOS.—(*Triscón.*) Como la Francisca te vas a poner, retegordona.

CAMACHA.—Yo tengo la carne más apretá. La Francisca está mucho más bastaca: como una yueca, toa blanca y pujá con los pollos... Toque, toque.

MARCOS.—(*Que toca.*) Es verdad. (*A FRAY.*) Sí, señora: es verdad. Venga, venga a tocar...

(*El FRAY huye. MARCOS toca los pechos.*)

CAMACHA.—(*Riendo.*) Ahí no, enlujuriado... Bebe-dero de patos lo que ayer fue cestillo de palomas, ay. Me las echo patrás y puedo ponerme a pregonar alforjas... ¡Qué me hace moretones el viejo calentorro!

FRAY.—Jesús, María y José.

ALONSO.—Anda, Camacha: ¡no metas la pata!

CAMACHA.—¡Qué voy a meter yo! Mi difunto Camacho era quien la metía...

ALONSO.—Tu difunto Camacho metía poco. Que lo mismo podrían llamarte la Avendaña o la Carriaza o la Coronela... De veinte padres, tuvo veinte hijos...

(*Tensión. CAMACHA traga el insulto. OLALLA retiene a DOMINGO que casi se abalanza.*)

CAMACHA.—¡A la cocina!

(*Sale seguida de los no importantes.*)

ALONSO.—(*Cuando va a salir OLALLA.*) Tú no comerás cerdo, ¿no Olalla? Porque tu religión...

OLALLA.—La religión nada tiene que ver con la comida. Comeré, si señor. Si es que me dejan algo sus mercedes... Y aunque no me hubieran bautiza-

do, comería... Vosotros despreciáis las cosas de este mundo, que bazofia, porque tenéis el otro: pero os hartáis de cerdo mientras tanto. Quien se va a condenar en la otra vida, ¿qué podrá hacer en ésta? Bautizados o no, fornicar y comer: eso nos queda, cuando nos queda algo... vosotros sois los hijos de Dios: enhorabuena. Pero me gustaría a mí saber de qué demonio somos nosotros hijos.

(Sale.)

ALONSO.—(A FRAY.) Estos cristianos nuevos que viven son de lengua... En el pueblo, ya lo veréis, somos todos medio primos... Por las abuelas... Menos ellos, claro.

FRAY.—¿Quiénes son «ellos»?

(Tono de reproche.)

ALONSO.—(Contundente, con la vara más agarrada que nunca.) Los que no son «nosotros» Fray Guzmán. Nosotros: los cristianos de siempre... (Cambio.) Después de este garipío, echaremos un trago... hoy se nos va a enfriar bien el gorrino... Cuando anochezca, con una hachuela lo cuartearé... (Mira alrededor.) Entonces todo estará limpio otra vez, como si no hubiera pasado nada...

MARCOS.—(Sale musitando el «Dies irae», muy despacio, casi procesional.)

ALONSO.—Qué generoso es Dios, que hizo el gorrino. Todo es provecho en él. ¡Bendito sea!

HERNANDO.—¿Dios o el gorrino?

(Mirada de ALONSO.)

FRAY.—Dios por crear el gorrino... y por permitir (¿Ironía?) que los cristianos viejos —«nosotros»— lo comamos.

ALONSO.—(Sosegado.) ¡Eso! Que si «ellos» no lo comen, mejor: a más cabemos.

(Risotada.)

FRAY.—Por todos estos dones, bendito sea el Señor...

(La luz se concentra un momento sobre el cerdo, que oscila. Luego desciende hasta la casa de OLALLA. Es una habitación mísera: una chimeneilla, un camastro, un pequeña mesa baja, una vela.

Entra OLALLA con su juego de cuchillos envuelto en una bayeta. Va a encender lumbre. Duda. Lo deja. Se despoja de la toca, casi bufanda, que lleva. Se humedece con el agua de una palangana de cerámica la frente y el pelo. Saca del pecho una bolsita verde con una piedra dentro. Dispone sobre la mesa como un altarcillo: el agua, la vela, los accesorios a que hará referencia la oración.)

OLALLA.—(Haciendo un rito de bautizo.) Piedra de imán, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo con el mismo poder que yo fui bautizada... Imán eres, imán serás y para mi fortuna, imán te llamarás. (Se arrodilla.) Hermosa y milagrosa piedra que a la Samaritana protegiste, a quien suerte y hechizo concediste; oro te pongo para mi tesoro; plata, para que me traigas la dicha colmada; cobre para que nada me falte y sí me sobre; coral, para que se me aparten la envidia y el mal; trigo, para que aquel que amo sea eternamente mío... Con limaduras de mi chaira (Lima en efecto)... te alimentarás y lo que te suplico a cambio, me darás. (Se posterna.) Este cabo de vela que te

prendo, que arda en el nombre de Lázaro de Ayala, si es que vive: al Santísimo Sacramento del Altar ha alumbrado... Este agua, donde ver debo su rostro, es la del lavatorio de Jesús tras su Descendimiento... estos cinco granos de sal con las cinco llagas del cirio pascual... *(Se santigua tres veces.)* Y en esta fe te pido que consigas del Ángel de la Guarda, de la Trinidad Santa y de San Marcos de León, que hagan venir a Lázaro hasta mi puerta. *(Concentrada.)* ¡Lázaro de Ayala! ¡Lázaro de Ayala! ¡Lázaro de Ayala!

(Oye chicharras y grillos. Mira la palan-gana con intensidad. Aparece LÁZARO, que estaba oculto, muy distinto al que se le apareció antes. Con ropas de caminante, polvorientas. Se acerca y la toca.)

OLALLA.—*(Un grito. Se levanta.)* ¿Quién eres? ¡El forastero! ¿Qué haces aquí? ¡Vete! Yo rezaba, rezaba... ¡Lo juro!

LÁZARO.—*(Gesto de silencio.)* Nadie sabe que he vuelto... ¿Tanto habré envejecido que no me reconoces?

(Toma la vela. Se alumbra. Grito de OLALLA, casi desmayada.)

OLALLA.—Aunque te hubieras muerto. Aunque llevaras cien años debajo de la tierra...

(Se abraza desesperadamente a él.)

LÁZARO.—*(Con su sonrisa leve y continua.)* Al otro lado de la tierra he estado. *(Se desase. Se aleja.)* ¿No me preguntas nada?

OLALLA.—¿Eres tú? ¿Estás aquí? ¿Qué más preguntas puedes hacer?

LÁZARO.—No sabes por qué he vuelto...

OLALLA.—A vengarse de todos. Pero eso no me importa...

(Se acerca.)

LÁZARO.—*(Retrocede.)* Creí que te iba a asustar verme.

OLALLA.—Verte, no. Lo que me asusta es verte ahí. *(Lejos.)* Y no aquí.

(A su lado. Por hacer algo, temblando va a encender la lumbre.)

LÁZARO.—¿No te alegras, Olalla?

(En todo el siguiente diálogo, el ruido de chicharras y grillos es a veces ensordecedor, a veces inaudible: Según los estados de ánimo y el recuerdo de OLALLA.)

OLALLA.—Después de tantos años no sé si eres verdad... he hablado mucho sola...

LÁZARO.—Mírame bien.

(OLALLA no se vuelve.)

OLALLA.—Santo Tomás necesitó meter su mano en la herida del corazón.

LÁZARO.—Dame algo de comer. Los fantasmas no comen.

(Ella se alegra. Retira los objetos de la mesa. Dispone pan y queso. Es otra.)

OLALLA.—¿Vuelves en busca de lo tuyo?

LÁZARO.—Sí.

OLALLA.—*(Con intención.)* ¿De todo lo que fue

tuyo, Lázaro? (LÁZARO *sonríe, misterioso y triste.*) ¿Matarás a los Vargas? ¿Los matarás a todos o sólo a don Alonso?

LÁZARO.—(Elusivo.) Tenemos que contarnos muchas cosas. He visto tantas que no sabré contarte...

OLALLA.—(En su órbita.) Vive en tu casa, labra tus tierras, se casó con la que iba a ser tu esposa. Tiene vara de Alcalde... Y yo, Lázaro, yo...

LÁZARO.—(En lo suyo.) No sé cómo empezar...

OLALLA.—(En lo suyo.) Es muy fácil: ve y má-talo. Yo te espero. En quince años no he hecho otra cosa...

LÁZARO.—(Mirando alrededor.) Mientras tú estabas en este cuchitril yo he visto el Nuevo Mundo. No se puede contar...

OLALLA.—Lo que yo he visto, sí. Penas. Dolor y penas. Soledad y penas... Lo que tú me dejaste.

LÁZARO.—Para llegar a esto tenía que pasar lo que ha pasado.

OLALLA.—Yo era una niña... Y ahora ¿qué?... en los pajares, cuando tú me besabas, hasta la paja ardía... No era yo remilgada y me moría por tenerte encima, pero te exigí antes palabras de marido para que no creyeras... Tú no te acordarás... (LÁZARO, *inmóvil, la mira como a una niña.*) Un día de San Juan, ya no sé cómo, llegó de pronto mi felicidad... Llegó para decir que no se quedaría. (Tierna, provocadora, malévola, cambiante en toda esta escena, según el fin que busca en cada caso.) Buen trabajo te costó, a pesar del calor, romperme el virgo... Eras muy delicado. Me besabas despacio, como con miedo de que me rompiera...

LÁZARO.—Es que me daba miedo.

OLALLA.—¿Y te da todavía? (Una tensión de espera inútil.) Eras distinto a todos los demás. Te quedabas mirando las nubes que pasaban. «Pensando», me decías: pensando en escaparte... Leías libros, tú me leías libros en un pueblo como éste, donde

los curas dicen que Dios no sabe leer. Con uno me quede...

(Enseña un libro.)

LÁZARO.—Mi biblia.

OLALLA.—¡Pero te fuiste!

LÁZARO.—He recordado tanto tu sonrisa, tu boca que se abría después de besar, la oscuridad de tu alcoba en verano...

OLALLA.—Aquel solo verano...

LÁZARO.—... el olor de los lienzos que cubrían la fruta, el aire que ondeaba los trigos... En aquella inmensidad, he recordado las cosas más menudas de aquí; esas que, estando cerca, no se ven.

OLALLA.—(Tierna.) ¿Por qué te fuiste?

LÁZARO.—Te amaba, Olalla...

OLALLA.—(Irónica.) Ah, ¿fue por eso?

LÁZARO.—Eras hija y nieta de conversos, Olalla. Eres judía y yo cobarde, Olalla. Nuestros hijos...

OLALLA.—¿Qué hijos? (Se golpea el vientre.) Yo era judía, sí: tampoco era bueno para mí casarme con cristiano, ¿qué te crees?... Judía era y lo soy: en eso no he cambiado. ¡Pasarán miles de años, y a los ojos de todos, los judíos seguiremos siendo judíos aunque nos bautizasen dos veces por semana!... (Cambio.) Pero en las eras, al pie de las encinas nos quisimos, judía como era... Me dolía todo el cuerpo con el peso del tuyo; sin tu peso, me dolía más aún. Un verano duró. Y una noche —La vida no lo sabe, pero hay noches que no debieran terminarse nunca— «A las Indias», dijiste. Menudas Indias me dejaste a mí... Si vuelves porque crees que algo ha cambiado: yo... ¡Vete! ¡Vete, cobarde! (LÁZARO, *inmóvil, sonríe.*) Aunque algo sí ha cambiado: yo... ¿No se nota?

LÁZARO.—Eres una mujer...

OLALLA.—(Niega, cerca de la lumbre, sin mirarlo.)

Tú me diste palabra de casarte conmigo ¿sí o no? (LÁZARO afirma.) Yo era ya tu mujer: es el estilo de los cristianos viejos. Por eso me tomaste, ¿sí o no? (LÁZARO afirma.) ¿Sí o no?

LÁZARO.—Sí.

OLALLA.—Pues si no eres el fantasma de Lázaro, que yo he tenido cerca tanto tiempo; si eres Lázaro el verdadero, (Le ofrece un cuchillo.) ¡mátame!

LÁZARO.—(Sin asombro.) ¿Por qué?

OLALLA.—No necesitas saberlo, la verdad mata siempre. Si eres el verdadero me matarás. Y esa será la prueba de que no estoy soñando. (Tira la bolsa del imán.) Maldita piedra imán, ¡que has hecho medio milagro sólo!

(Un sollozo rabioso.)

LÁZARO.—(Se acerca, como a una niña.) Te diré lo que he vivido y lo que he visto. Pero muy poco a poco, porque tendré que inventarme las palabras. Iba en busca de algo que he encontrado. He venido a decírtelo.

OLALLA.—Me hablas de cosas que no me sirven. Debes haberte vuelto loco para hablarme ¡a mí! así.

LÁZARO.—Del todo loco, no. Ni del todo sensato... Las montañas no iban a mudarse de sitio porque un hombre aquí se sintiera infeliz. Tuvo que ser el infeliz quien se mudara.

OLALLA.—No entiendo nada... ¡Llegaste esta mañana y aún no has matado a nadie!

LÁZARO.—¿Matar?

OLALLA.—Aquí dicen: «si sabe razonar es que es judío». Pero no voy a razonar. Óyeme. Yo no tengo que inventar palabras para contarte lo que ha sido de mí estos quince años. A los dos meses de irte, el rey mandaba a Portugal unos soldados...

LÁZARO.—¿Qué rey?

OLALLA.—¡Qué sé yo! ¡Uno! El que estuviera. Da

igual: el rey... Teníamos la obligación de darles hospedaje... A media noche, me sacaron a rastras de mi alcoba.

LÁZARO.—¿Lo mandó el capitán?

OLALLA.—(Ríe.) El capitán fue quien ahorcó a mi padre por herir al soldado.

LÁZARO.—(Un temblor.) ¿Te forzó a ti un soldado?

OLALLA.—(Cruel.) ¡Me forzó...! Estábamos a oscuras, hijo mío, no sé si me forzó él a mí o lo forcé yo a él: ¡Nos acostamos!... Me empujó hasta el establo. Gruñían los cerdos y olía mal. Nos pasamos la noche dale que te pego —me entiendes—: yo no invento palabras... Al amanecer... mi padre entró y me defendió... ¿De qué me defendía? (Lenta.) Cuando ahorcaron a mi padre, el converso; cuando siguió la tropa, pude echarme a dormir... Nunca había dormido mejor. Tu amor no me dejaba: era una sed que no se me iba... El del soldado, no: me lo bebí y en paz. No le vi ni la cara... por eso dormí bien. Huérfana y ya sin nada que perder, qué bien dormí aquel día... (Venenosa.) Después he vuelto a dormir lo mismo muchas noches... (LÁZARO acusa el golpe levemente.) La verdad mata ¿no? (En un arranque.) ¡Pues mátame! (Veloz.) Yo era tu mujer; tú, mi marido. Te he deshonrado. ¡Mátame! ¿O es que los judíos ni tenemos honor ni lo quitamos? Tú y yo sabemos que yo sí lo tenía...

LÁZARO.—(Dulce, manso.) Vengo del Paraíso, Olalla... Allí no existe el miedo, ni el honor, ni el poder... (Muy cerca.) Lo que tú tienes dentro y nadie te lo dio, ¿quién va a poder quitártelo?

OLALLA.—(Sorprendida dolorosamente.) Entonces, ¿no me matas? (Necesita apoyar su decepción en algo.) Son míos los cuchillos. Los he comprado yo. Me hice ayudanta de la matancera... (Sonríe muy triste, mientras LÁZARO la mira fijamente.) Judía y matancera, ya ves... Cuando se muera la Camacha, ojalá sea mañana, seré yo la que tenga mi ayudanta...

¿Qué querías que hiciera, Lázaro: dímelo? Porque yo no sabía qué tenía que hacer. Sin ti ya... (*Es una niña.*) No me mires así. Dímelo. Con lo que me dejaron de mi padre no me alcanzó ni a la Pascua Florida... (*Muy bajo.*) Y en el pueblo sabían que yo no era de nadie. El Mayor de los Vargas...

LÁZARO.—Alonso... (*OLALLA afirma.*) Su padre fue quien denunció a mi padre cuando la rebelión de las Comunidades. (*OLALLA afirma.*) Los Vargas nos quitaron hasta el nombre. Por ellos me fui yo...

OLALLA.—Antes dijiste que por mí...

LÁZARO.—Yo no quería malvivir aquí. Tenía veinte años. Y quería vivir.

OLALLA.—(*Brava de nuevo.*) Yo tenía dieciocho. ¡Y Alonso Vargas unos pocos más!

LÁZARO.—(*Lento.*) Olalla ¿qué me quitó además Alonso Vargas?

OLALLA.—(*Va creciéndose.*) De matar en su casa vengo ahora... La casa es ahora suya. Yo, también... Soy de todos, pero por él siempre me he sentido dominada. Me toma por las bravas, no como tú; cuando le entra la gana de tomarme. No me abraza: me clava... La primera vez, lloré pensando en ti porque había gozado... (*Mintiendo, desafiando.*) Luego, ya, no. Hay una edad en que gusta el amor de los ojos en blanco y otra en que gusta más el amor a oscuras... Yo no estoy en edad de avergonzarme... (*En un grito.*) ¡Mátame de una vez!

LÁZARO.—(*Quitándole el cuchillo con delicadeza.*) Vas a cortarte, Olalla...

OLALLA.—(*Enternecida de nuevo.*) Si me hubieras dejado un hijo por lo menos. Alguien que tuviera que sentirse orgulloso de mí... Pero, nada. (*Triste.*) No soy ya nada tuyo. Soy Olalla, la judía, que se toma y se deja... Por eso no me matas. Mata el amor y tú ya no lo sientes... (*Implorante.*) Lázaro, si te acuerdas de que cuando me preguntaste: «¿te hago daño?», te contesté riendo: «Claro que sí, no fal-

taría más: es mi daño el que me haces»... si te acuerdas... ¡mátame! Yo sé que no manché tu honor, que tu promesa fue una burla, que me tomaste y me dejaste igual que han hecho tantos detrás de ti... ¡Por piedad, mátame! No te costará apenas trabajo... (*Arrancándose casi las lágrimas.*) Al verme desangrada el pueblo entero comprenderá que tú has llegado, que yo he tenido un verdadero dueño durante tantos años. Tengo derecho a eso. ¡Mátame! Mátame de una vez antes de que me muera. ¿No ves que estoy muriéndome?

LÁZARO.—(*Serenamente.*) Ni la verdad, ni el amor, ni la piedad sirven para matar, Olalla, sino para hacernos libres.

OLALLA.—(*Con una risa mala.*) ¡Libres! ¡Aquí! ¡Libres!

ESTEBANILLO.—(*Desde fuera.*) ¡Olalla!

OLALLA.—¿Qué? Entra.

ESTEBANILLO.—(*Entrando, al ver a LÁZARO.*) Creí que estabas sola...

OLALLA.—(*Sin mirarlo.*) Como si lo estuviera... (*LÁZARO calla. Por ESTEBANILLO.*) ¿Sabes quién es? Estebanillo, el hijo de tu enemigo Alonso Vargas.

ESTEBANILLO.—Creí que estabas sola...

OLALLA.—Te digo que como si lo estuviera. ¿No lo ves?

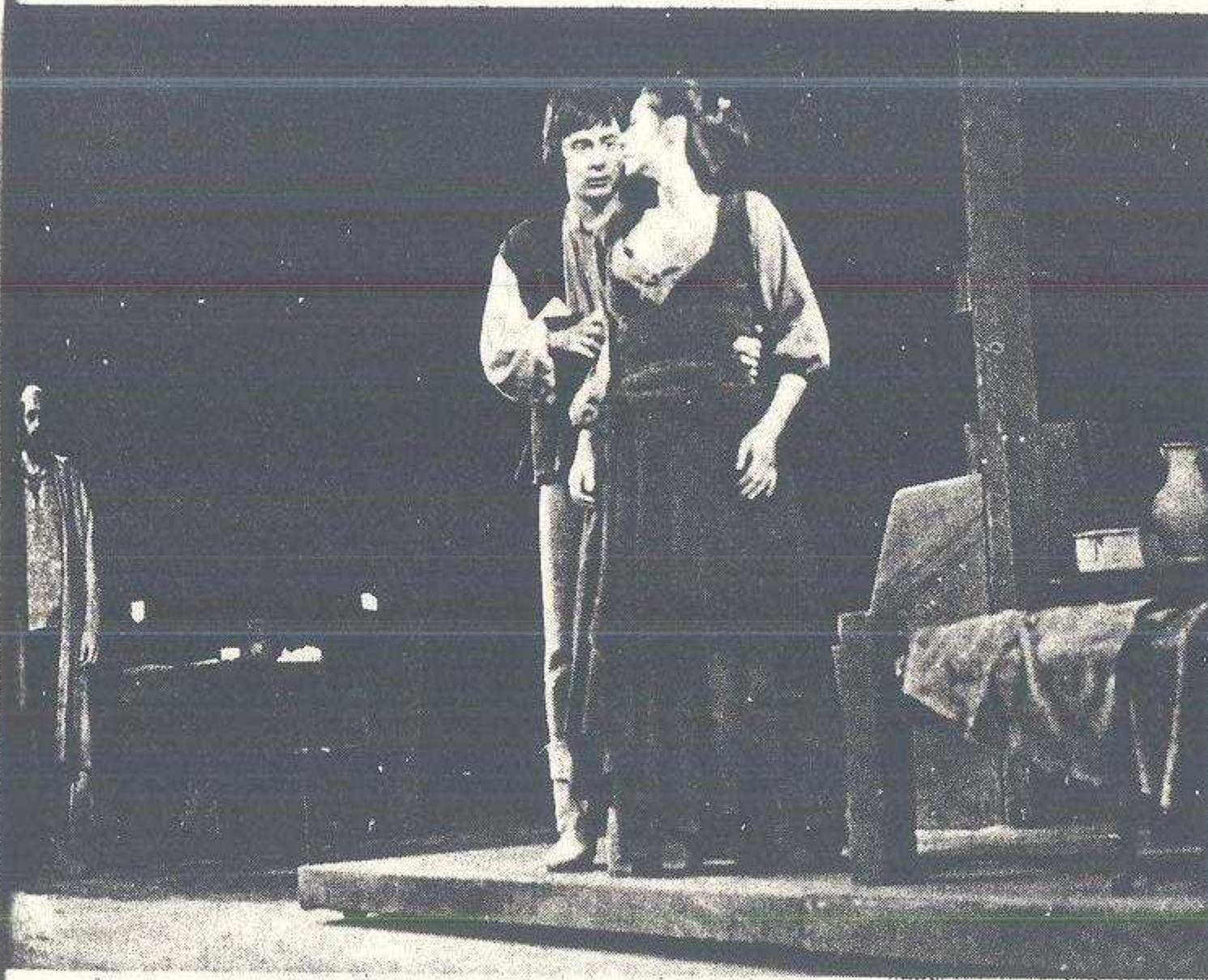
ESTEBANILLO.—Mi padre me había dicho...

OLALLA.—(*Siempre a LÁZARO.*) Lo sé. ¿Sabes lo que su padre le habrá dicho? «Hoy es fiesta en la casa. Hoy es fiesta en toda la cristiandad, porque en mi casa se ha matado el cerdo. Tú tienes ya catorce años...» O quince. ¿Cuántos tienes Esteban? (*El niño va a contestar, ella continúa.*) No importa... «Tienes los años necesarios para saber que la vida es un don de Dios que administran los hombres. Nosotros, los cristianos viejos, hijos y nietos de cristianos viejos, somos los encargados de quitarla a los otros. Pero también de darla a otros cristianos

viejos, que serán a su vez hijos y nietos de cristianos viejos. Vete a casa de Olalla y dile a esa judía que yo te mando para que te enseñe cómo se hace eso de dar la vida.» Y después, riendo a carcajadas y mirando al bachiller, habrá añadido: «Pero con tiento, que no llegue al final, que yo no quiero nietos con sangre de judía.» (A ESTEBANILLO.) ¿Te ha dicho eso tu padre? ¿Te lo ha dicho? ¡Contesta!

ESTEBANILLO.—(Impresionado.) Sí, señora.

OLALLA.—No me llames señora. No lo soy. (A LÁZARO.) Para esto sirve Olalla... Ahora tienes la cara más encendida, Lázaro. (A ESTEBANILLO.) Vamos, Estebanillo, a trabajar. Acércate. (A LÁZARO.) Tú, vete. No debiste volver. ¡Sal afuera! «Lázaro, sal afuera.» Como en los Evangelios de los cristianos viejos... No, la vida no es buena. Ni necesaria. Necesario es vivir, cuando se está ya vivo, como sea. Pero la vida es un cochino error. Esteban, esto es lo primero que tienes que aprender: No se debe traer gente nueva a esta trampa... ¡Acércate! ¿Te gusta Mariveinte? (ESTEBANILLO baja la cabeza. Ella se la levanta por la barbilla.) ¿Te gusta? Di... (Aludiendo a su propia historia.) Cuando ella anda, tú te la figuras desnuda debajo de la falda. Cuando ríe, la miras y te quedas, con tu cara de tonto, sonriendo. Cuando la rozas, tienes que respirar hondo. Y después, al quedarte solo, sientes ganas de cortar árboles, de matar un lobo a puñadas o de ser rey para que ella sea reina... Todas íbamos a ser reinas... Estás enamorado, Estebanillo: así se llaman esas tonterías... Pronto un día cualquiera, te encontrarás casi a oscuras con Mariveinte. Así sucede siempre. La Camacha se hará la distraída, para eso están las madres, o cerrará los ojos y fingirá que duerme... Tú habrás de aprovechar ese momento y quitarle lo único que tiene a la persona que más quieres del mundo. Siempre sucede así... Lo que viene después también sucede siempre de la misma



Conchita Velasco, Manuel Dicenta y Jesús Puente en una escena del estreno en el Teatro de la Comedia, el 19 de septiembre de 1974.

manera. Y después de quince años, también sucede igual... ¡Llamar vida a esta noria!... (*Cambio de tono.*) Tú le pondrás la mano en la cintura. Ella estará de espaldas, descuidada. Hazlo. (ESTEBANILLO *va a obedecerla con la mano derecha.*) La otra mano: esa no. Esa la usarás para otras cosas. Dame la vuelta. (ESTEBAN *obedece.*) ¿Ves? Ya estamos frente a frente. (*Por encima del hombro de ESTEBANILLO mira a LÁZARO, que juguetea con los cuchillos. A LÁZARO.*) Ten cuidado, que cortan. La sangre está deseando saltar. (*A ESTEBAN.*) Apriétame. Yo me resisto un poco... No, no tanto: A Mariveinte también le gustas tú. O le gusta lo que en ese instante serás tú. Un brazo en su cintura. Ella estará entera agazapada ahí... Dame un beso en la boca... ¡Un beso!

ESTEBANILLO.—Pero delante de ese hombre...

OLALLA.—No hay ningún hombre aquí. Tú eres el hombre... Un beso... No, así no. Abre la boca... Con la mano derecha —no dejes de besarme— ábreme la pechera. Muy despacio, que yo no me dé cuenta. Ninguna nos queremos dar cuenta de lo que está pasando... Acaricia. Acaricia. Acaricia... Muérdeme ahora los labios... No tan fuerte: la sangre está deseando saltar... Apenas te sostienes. Ya te tiemblan las piernas. A ella también le temblarán y sentirá una prisa en el sitio en que se le terminan. Recuéstala. Si se resiste, obligala. Porque no se resiste de verdad: lo que busca es probarte... Llévame hacia la cama y dóblame. (*Lo hace.*) Cuando los dos estéis tendidos juntos se te olvidará todo: mejor es no enseñarte... Cada cuerpo sabe pedir y responder: el de ella y el tuyo y el de un perro. Pero no tengas prisa: a esto hay que darle su medida y su tiempo... ¡Su tiempo! (*Un sollozo.*) ¡Qué desdicha!

ESTEBANILLO.—Sigue, Olalla. Vamos, vamos...

OLALLA.—(*Después de un forcejeo.*) Suéltame. Yo no soy Mariveinte.



OLALLA.—¿La amaste como a mí? ¿La amaste como a mí y la dejaste luego sin nada como a mí?

ESTEBANILLO.—(*Estrechándola.*) Te quiero a ti.

OLALLA.—Quita esas puercas manos. (*Lo abofetea.*) ¡Fuera! ¡Fuera! (*Toma un cuchillo de manos de LÁZARO.*) ¡Fuera! (*Huye ESTEBANILLO. A gritos.*) Dile a tu padre que me he muerto, que a Olalla la judía te la encontraste muerta... Y que, en vez de enseñarte la manera de amar, te enseñó la manera de morir. (*Va a clavarse el cuchillo ella misma. LÁZARO, con serenidad, se acerca, se lo arrebató, lo deja junto a los otros. Abraza a OLALLA. Ella llora convulsamente. LÁZARO saca de algún sitio unas joyas de oro. Le ciñe un collar. OLALLA, sorprendida, va calmándose. Como una niña.*) ¿Qué es esto?

LÁZARO.—Joyas de una princesa que traje para ti.

OLALLA.—Oro... Encima de estos harapos, el oro de las Indias. (*Una risa triste.*) ¿Te lo dio ella o la mataste tú para quitárselo?

LÁZARO.—Me lo dio.

OLALLA.—¿La amaste como a mí? ¿La amaste como a mí y la dejaste luego sin nada como a mí? (*Tensa.*) ¡Quitame los harapos y ponme el oro encima de la carne! (*LÁZARO permanece inmóvil.*) ¿Por qué has vuelto?

LÁZARO.—En tu busca.

OLALLA.—Aquí no hay más que barro. Nada es posible... Sí, una sola cosa. Dámela, Lázaro... (*Paladeando.*) Lázaro... Lázaro... Ven. (*Intenta llevarlo hacia el camastro.*) Aunque repitas las mentiras de entonces, aunque me dures menos todavía... Después te vas... Pero una vez, la última... No digas nada si no quieres. Tiéndete sobre mí. Yo lo haré todo: estoy acostumbrada...

(*Está tumbada en la cama.*)

LÁZARO.—No puede ser, Olalla.

OLALLA.—¡Tan sucia estoy que ni para esto sirvo!... ¡Úsame, Lázaro! No seas precisamente tú el único que no quieras usarme...

LÁZARO.—(*Sentado en la cama, acariciándole el pelo.*) No puede ser, Olalla.

OLALLA.—(*Retrocediendo hasta sentarse en la cama.*) ¿Por qué no puede ser? Sólo pido una cosa que he dado muchas veces. Una cosa sencilla. Para que tenga una razón haber nacido y haber sufrido tanto...

LÁZARO.—Ya no te podré querer nunca de esa manera, Olalla...

OLALLA.—¡Nunca! Y estás aquí tocándome la cara... ¡Nunca! Y has vuelto cuando ya estaba hecha a estar sin ti... Es un castigo demasiado grande. Ahora que tú has llegado he de cerrar los ojos... Si hay Dios, no es padre nuestro... ¿Nunca?

LÁZARO.—Nunca... En un país que se llama Nueva España: me hirieron...

OLALLA.—(*Volcándolo sobre la cama, recorriéndolo.*) No veo las heridas... ¿Dónde?

LÁZARO.—(*De pie.*) Nunca podré quererte ya de esa manera.

OLALLA.—(*Que comprende por fin, casi ríe, casi aúlla.*) ¿A qué has venido entonces a esta casa donde los hombres vienen sólo a eso?

LÁZARO.—A quererte de todas las demás maneras. Hay muchas... A cumplir la palabra que te di... A casarme contigo si tu quieres, Olalla.

(*El llanto de OLALLA se hace enorme como la tierra. Cae de rodillas, ante LÁZARO, hecha un ovillo. Mientras se desgarrá las las ropas grita.*)

OLALLA.—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!...

(*LÁZARO acaricia su cabeza.*)

TELÓN

(Casa de ALONSO VARGAS. JUSTINA sola, pensativa junto a la cuna de su hijo. HERNANDO aparece y mira si hay alguien en la estancia.)

HERNANDO.—(En voz baja.) Justina... Justina... (Ella levanta desganada la cabeza.) ¿Qué te pasa?

JUSTINA.—(Un tanto vaga como siempre.) El niño... Está enfermo... Es un castigo.

HERNANDO.—Un castigo, ¿por qué? (JUSTINA, lo mira fijamente.) Te lo he dicho cien veces: esa no es la razón.

JUSTINA.—Yo creo que alguien lo sospecha.

HERNANDO.—¿Tú ves? Eso es peor. (Justificándose ante la mirada de reproche de JUSTINA.) Los otros no entenderían lo que tú y yo sí que entendemos... (Cauteloso.) ¿Tu marido?

JUSTINA.—En el Concejo.

HERNANDO.—Ya lo sé... pero, ¿te ha dicho algo?

JUSTINA.—A Alonso no se le ocurriría ni siquiera pensar que un hijo mío pudiera ser de otro.

HERNANDO.—Pues si cada ducado se fuese con su dueño y cada hijo con su padre, vaya un lío que se armaba.

JUSTINA.—(Desinteresada.) ¿Qué dices?

HERNANDO.—No olvides que nuestro amor es pura religión y por tanto ese niño es una consecuencia de la divina voluntad.

JUSTINA.—Tanto me lo repito que ya no me lo creo... Y ahora que Lázaro ha venido...

HERNANDO.—Ese es el pecado: Lázaro. Tu propia voluntad, no la de Dios. Si tú coges este escabel, Justina, y lo cambias de sitio por propia voluntad, estás pecando. Si tu amas a tu hijo... bueno, a nuestro hijo... con amor natural, estás pecando. Porque los enemigos no son Dios y el demonio, son Dios y el hombre: la voluntad humana, por muy buena que sea, está en contra de Dios.

JUSTINA.—Entonces todo es pecar aquí.

HERNANDO.—Para nosotros, los que estamos en la verdad, nada es pecar. Cuando la Providencia me trajo a este poblacho, ¿no estabas tú a punto de enloquecer como tu padre? ¿No te salvé yo de eso? Tu marido te tenía olvidada...

JUSTINA.—Peor: me besaba con el ceño fruncido, como al acecho de lo que yo hacía. Yo me quedaba rígida, sin casi respirar, hasta ahogarme y perder el sentido.

HERNANDO.—Porque él estaba embebecido en Olla la judía... y tú te flajelabas, ayunabas, dormías en una tabla, te ponías cilicios... (Le estaba acariciando el cuerpo.) Así ha sido aquí todo desde hace mucho: pagar unos las culpas de los otros... Y aparecí yo, cojo, poco agraciado... ¿o no?... y te dije: «Justina, tú que eres santa, debías ser más santa aún. Santa en el mismo espíritu.» Aspirar a esa altura es como estar cautivo junto a los ríos de Babilonia...

JUSTINA.—(Interrumpiéndolo sin saberlo.) ¿Cómo salir de esta cautividad?

HERNANDO.—Apelando al amor, cordera...

JUSTINA.—Pero el amor cristiano...

HERNANDO.—El amor cristiano, después de mil quinientos años, se ha convertido en muchas cosas. ¿Qué sabe Roma de nosotros? «Ama y haz lo que quieras», dice Lutero. ¿Y qué sabe Alemania de

nosotros? Ama y el amor te dirá lo que tienes que hacer: «Ahí está el quid.» Tú y yo nos vimos, nos amamos, no por voluntad propia, sino por la de Dios.

JUSTINA.—Sin embargo, Lázaro...

HERNANDO.—Que le den morcilla a Lázaro, Justina, eso es voluntad propia. Yo no soy alto, ni gallardo, ni fuerte... ¿o tú me encuentras fuerte?, y me amaste. ¡Por voluntad de Dios! Tú y yo estamos iluminados por Él, los únicos en este inmundo pueblo.

JUSTINA.—¿Y el sexto mandamiento?

HERNANDO.—No hay más que un mandamiento: amar. (*La acaricia.*) El amor de Dios dentro de nuestro corazón es Dios, Justina. Déjate de escrúpulos, abandónate, no le desobedezcas. Y así no pecarás. Ni tú ni yo podemos equivocarnos, ¿es que no te das cuenta?, porque no hay intención, no tenemos deseos personales...

JUSTINA.—¿No tenemos deseos?

HERNANDO.—... seguimos los mandatos del amor interior...

JUSTINA.—Las tentaciones, los malos pensamientos...

HERNANDO.—Palabras inventadas por los frailes para que, en penitencia, los ricos les llenen los conventos y los pobres les trabajen sin cobrar. Esas que llaman tentaciones, no deben rechazarse, sino abrazarlas y tomarlas por carga lo mismo que una cruz. Si ya lo dijo San Pablo: «Allí, donde está mi debilidad, allí tengo mi fuerza.» ¿Qué hacías tú con tanta disciplina, tanta maceración del cuerpo y tanta zarandaja? Avinagrarte, envejecer este vaso del Espíritu Santo y robustecer tu propia voluntad. «Que fuerte soy», decías: «venzo las tentaciones». Y estabas orgullosa. Pecando, y orgullosa de pecar. (*Llora JUSTINA.*) Los que se esfuerzan en rechazar la tentación son como los que «lapidem quem revovaverunt hic factus est in caput anguli».

JUSTINA.—Dilo en cristiano, Hernando.

HERNANDO.—Pues, hija, más en cristiano que te lo estoy diciendo... Son como los constructores que rechazaron la piedra fundamental. O séase, el amor: La medida de todas las cosas.

JUSTINA.—Pero, ¿el amor carnal?

HERNANDO.—Estás obsesionada por la carne, Justina. Qué tozuda. Creí que ya estabas curada. El amor no es carnal. La carnal es la carne. Y la carne, este cuerpo. (*La acaricia.*) No es capaz de pecar. Desprecíalo. Dale lo que te pide y que se calle, como se le da a un perro que ladra una piedra y él la muerde creyendo que es pan duro. Si tu amor de Dios coincide con mi amor de Dios, vamos juntos al éxtasis, Justina. Así daremos la mayor gloria que la naturaleza puede dar a quien la hizo.

(*Se besan. El niño llora. Entra la CAMACHA. HERNANDO y JUSTINA intentan disimular.*)

CAMACHA.—(*Con retranca.*) Pensé que el niño estaba solo... En esta casa siempre hay alguien que llora. Yo no hago más que oír llorar a alguien... (*Busca algo entre las ropas del niño.*) Cómo no va a llorar el angelito, si no tiene las nóminas. Doce nóminas me dio no hará ni un mes la priora de las Bernardas: no quedan más que dos. (*Por HERNANDO.*) En cuanto me descuido, el diablo le arranca las bernardas, digo las nóminas al niño. Acabará muriéndose. Asesinado, por supuesto. Pero vamos a ver quien puede más: el diablo o yo. Claro que el diablo, cuando es cojo, corre más que los otros.

(*Llora JUSTINA.*)

HERNANDO.—En dejar morir hijos tú tienes experiencia: se te han muerto dieciocho.

CAMACHA.—Dios me los dio. Dios me los quitó.

(*Se santigua.*) En la época de la berenjena se pierde la melena. Lo que el santo Job dijo.

HERNANDO.—Tú cita, cita el Antiguo Testamento y un día la Inquisición te pondrá una cruz verde.

CAMACHA.—Dios me perdone. (*Se santigua.*) Cristiana vieja soy y puedo demostrar que mucho antes de que alguno se partiera la pata, mis retatarabuelos comían cerdo, bebían vino —menudos borrachones— y escardaban la tierra. Ninguno de ellos era contador, como otros, ni sabía latines, ni estudió en Salamanca. De modo y manera que detenga su lengua el señor bachiller, no sea que con la pringue de la matanza de ayer nos empringuemos todos.

JUSTINA.—Camacha, deja ya...

CAMACHA.—Sí, lo sé, y siempre lo he sabido: aquí es mejor callar. Pasarse la vida en un rincón callando, y que la muerte venga y te devore sin que se entere nadie.

JUSTINA.—¿Viste a Lázaro? (CAMACHA *afirma enfadada.*) ¿Y le diste el recado de tu amo? (*Mismo juego.*) ¿Qué te dijo?

CAMACHA.—Que vendrá al mediodía. Éramos pocos y parió la abuela.

JUSTINA.—(*Inquieta.*) ¿Falta mucho?

CAMACHA.—¿Para qué? ¿Para que el niño se muera de una vez, para que yo me harte y me ponga a chillar o para que se oreen del todo los chorizos?

JUSTINA.—Para el mediodía.

CAMACHA.—Qué sé yo. Darán las doce y entonces ya no faltará mucho.

HERNANDO.—Voy al Concejo por si don Alonso precisa algo de mí.

CAMACHA.—¡Huy, don Alonso! ¡Qué refinado con el tratamiento! Algo sí que precisará del bachiller, pero no que le ahorre tanto trabajo como le ahorra ahora. Hay trabajos que no puede hacer nadie por uno, por muy alcalde que uno sea, sin que le crezcan cuernos.

HERNANDO.—Me voy por no matar a esta mujer.

(*Sale airado.*)

CAMACHA.—¡Me cago en el alma de tu último muerto!

(*Tensión. Mira a JUSTINA.*)

JUSTINA.—¡Qué me miras!

CAMACHA.—A ver si a fuerza de mirarte entiendo cómo se puede ser tan tonta.

JUSTINA.—¿Por qué?

CAMACHA.—Eso: hazte más tonta de lo que eres. En la mujer está, como en un relicario, como en una de estas nóminas, gran parte de la honra del marido; la mejor parte, porque es la que más ven los otros.

JUSTINA.—¿A qué me dices eso?

CAMACHA.—¡Ya tú lo sabes! La mujer debe dar gusto a su marido mientras viva, quiera o no, la satisfaga o no, tenga ganas o no. Yo lo he hecho siempre, desde que, para casarme, me vestí de paño pardo. Y en eso consiste ser honrada.

JUSTINA.—(*Nerviosa.*) Yo lo soy. A mis ojos soy honrada.

CAMACHA.—La honra no te la dan tus ojos. Te la dan, o te la quitan, precisamente todos los demás ojos. Por eso, en cosas de honra, vale más el parecer que el ser. Los hombres muestran aquí su hombría matando toros o matando a sus mujeres. Tenemos que ser listas. Esta tierra siempre fue así y ningún bachiller, por muy cojo que sea, va a cambiarla.

JUSTINA.—¿Y qué tiene que ver el bachiller Hernando con mi honra?

CAMACHA.—Con tu honra, no lo sé. Con esto. (*Por el niño que tiene en brazos.*) Sí... Ay, una fortuna lleva gastada tu marido en misas por este niño, que ni siquiera es suyo. Así no le aprovechan...

JUSTINA.—(*Cruzándole la cara.*) ¡Vieja puta!
(*El niño llora.*)

CAMACHA.—Vieja soy. Puta, alguna vez lo fui. Pero es difícil ser las dos cosas al tiempo: los hombres no son tontos... si a quien por tu bien mira lo abofeteas, ¿qué harás con quien te vende? (*Cruza MARCOS con su ataúd y su «Dies irae».*) Ya está el abuelo con sus responsorios: que casa ésta... Toma a tu hijo y mécelo tú misma... Nieto mío pudiste ser, lechón: más recio y con más sangre te verías.

JUSTINA.—¿Qué dices «nieto tuyo»?

CAMACHA.—¿Es que no tengo un hijo de veinte años? Es que, desde que tuvo quince, ¿no lo mirabas tú piernas arriba?, ¿es que por guardar cerdos se estropea el empuje de los machos?

JUSTINA.—Ese bruto...

CAMACHA.—Los brutos, los mejores: lo sabré yo... Cuando te dio beata y te pusiste verde como una acelga, te hubiera yo traído a mi Domingo, que él solo vale lo que toda una semana, y en tres noches te hubiera puesto lo mismo que una rosa... En lo que atañe al gusto ha de mediar el gusto. Y tú fuiste a caer con el peor de todos, con el más feo, hija. Para eso, más te hubiera valido acostarte conmigo...

JUSTINA.—Qué sabrás tú de las cosas del amor y del alma.

CAMACHA.—De eso nada. Ni ganas. Sé las cosas del cuerpo. Y la noche oscura que tú estabas pasando, que estás pasando aún, no es del alma: es del cuerpo. Y para ésa no hay más sol que un mozo de veinte años que te tumbe y te cruja, y que salgas de abajo de él mordida y destrozada. Que hoce en ti, de abajo arriba, lo mismito que un cerdo en un dorcajo.

JUSTINA.—(*Con las manos en los pechos.*) Calla, Lázaro va a venir...

CAMACHA.—Tu prometido... (*Pedorreta.*) Un hombre, que te coma los labios cuando quieras defenderte y te lleve volando del paraíso. (*Se santigua.*) Al paraíso terrenal, del otro yo no hablo.

JUSTINA.—(*Agotada.*) ¡Cállate!

CAMACHA.—Ya estoy callada... la buena comida se ha hecho para quien tiene hambre y buen diente...

JUSTINA.—Va a venir Lázaro...

CAMACHA.—Mientras tu marido se agotaba sobre Olalla, mi hijo te hubiera hecho veinte veces feliz sin perder el compás. Él es como Dios manda: tampoco sabe una palabra de las cosas del alma. Para eso están los curas y los frailes. Para eso se les paga: a cada cual lo suyo. Y lo de un hombre sano y hermoso de veinte años, ya se sabe lo que es. (*JUSTINA se tapa los oídos.*) Que sí, que estoy callada. ¿Es que he dicho yo algo? (*Mece al niño. Se santigua.*) Detente, detente, ponzoña maligna como se detuvo Dios nueve meses en el vientre de su Santísima Madre. (*Cruz sobre el niño, que repite en cada invocación.*) Detente, detente, ponzoña maligna como se detuvo Dios en el huerto de Getsemaní sudando sangre a chorros. Detente, detente, ponzoña maligna como se detuvo Dios en el Árbol de la Cruz, con San Pablo, San Benito y Jesús, María y José. Amén... Ahora hay que rezar tres credos, pero no tengo tiempo.

JUSTINA.—La oración ha de ser mental: lo otro es paganismo.

CAMACHA.—La oración ha de ser como a cada uno le salga del cipote. Arreglados estaríamos si no fuese Dios fino de oído... ¿Te acordarás de lo que te he dicho de mi hijo? Por que una ayuda para corresponder, ya nos darías. ¡Ay! Si tuviera un buen traje negro me gustaría morirme algunas veces. Sin ver nada: ni Cáceres ni nada. Y mira que lo siento, que siempre fui curiosa. Pero me gustaría morirme.

No me vaya a pasar lo que a mi madre, que tuvo que matarla mi marido porque no se moría... Lo que pasa es que quien se muere, dime tú a mí, hija mía, quien se muere sin un buen traje negro. ¡Ay! *(Suena una campana.)* El ángelus. *(Se arrodilla.)* ¿No te postras?

JUSTINA.—*(A punto de un ataque.)* Lázaro va a llegar...

CAMACHA.—*(Con una cruz en la mano.)* Gloriosa cruz de Caravaca, que ahuyentas el mal y traes el bienestar, no permitas que en mi casa falte nunca tu asistencia, tu divina providencia se extienda en cada momento para que nunca nos falte techo, vestido y sustento. Y que el poder de este talismán me acompañe sin cesar. Que salga el mal y entre el bien como entró Jesucristo en Jerusalem. Amén.

(Se levanta con mucho trabajo.)

CAMACHA.—¡Ay!

MARIVEINTE.—*(Que entra corriendo.)* Madre, el ángelus.

CAMACHA.—¿Otra vez? ¡Si ya estuvo! ¡Arrodíllate! Con razón te pusimos Mariveinte...

JUSTINA.—*(En su obsesión.)* Lázaro va a llegar...

CAMACHA.—*(A MARIVEINTE.)* Como sigas así te darás cuenta de que te han deshonrado al parir el cuarto hijo. ¡Jesús!

MARIVEINTE.—*(De rodillas.)* El ángel del Señor anunció a María...

(Entra LÁZARO. JUSTINA va electrizada hacia él, temblando. Las otras la miran.)

JUSTINA.—*(Transfigurada, en un susurro.)* Soy Justina. ¿Te acuerdas de Justina? *(LÁZARO afirma sonriendo muy levemente.)* ¡Alabado sea Dios! *(Se santigua sin dejar de mirar a LÁZARO.)* Y ella concibió

por obra y gracia del Espíritu Santo. He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según su palabra... Lázaro... Lázaro...

(Quiere continuar, pero cae desmayada en brazos de la CAMACHA y su hija. LÁZARO no se ha inmutado.)

OSCURO

(Vuelve la luz sobre la misma casa. Hay un aire patriarcal, seguro e instalado. Recién se han levantado los manteles del almuerzo. Todos los personajes, menos OLLA, ordenados por su clase social y por su edad. En el centro, LÁZARO.)

ALONSO.—*(Con su vara, muy superior.)* Si al Reverendo le parece, ya puede el hijo pródigo hablarnos de esas Indias: estamos impacientes. He querido darte la bienvenida aquí, con mi esposa y mis hijos, en mi casa, delante de mi gente, según la usanza de la hospitalidad que todos respetamos... y tú también, espero. *(Sonrisa de LÁZARO.)* Tenemos entendido que se apalea allí el oro, que en esa Nueva España se atan los perros con longanizas, como en Jauja... Verdad es que los que nos quedamos en la Vieja España no hemos cambiado, ya lo ves. Gracias a Dios, ¿no, padre? Gracias a Dios. Lo que queremos es seguir como estamos, sin mudanzas.

LÁZARO.—Y lo habéis conseguido. Por eso es tan difícil hablaros de un mundo en el que todo es nuevo.

ALONSO.—Inténtalo. No somos letrados, gracias a Dios también, pero te entenderemos.

ESTEBAN.—¿Habéis matado ya a todos los indios?

(Ríe ALONSO.)

LAZARO.—No. Todavía, no.

ESTEBAN.—¿Qué hacéis entonces?

FRAY.—Bautizarlos, hijo.

LÁZARO.—Sí; bautizarlos primero.

MARIVEINTE.—¿Cómo son?

LÁZARO.—Ahora, esclavos; antes, felices.

MARIVEINTE.—De cuerpo, digo.

LÁZARO.—Tienen el pelo negro, la piel color de cobre...

MARIVEINTE.—¡Qué feos!

DOMINGO.—¿Comen cerdo?

LÁZARO.—No.

DOMINGO.—Igual que los judíos... Entonces, ¿de qué viven?

LÁZARO.—Cazan, pescan, hay árboles...

ESTEBAN.—Aquí también.

LÁZARO.—Selvas, cuyo fin no se ve, de árboles, cuyo fin no se ve...

DOMINGO.—¿Qué son selvas?

CAMACHA.—(Que borda.) ¿A ti que más te da? Te vas a ir tú a las Indias? Pues entonces...

LÁZARO.—Miles y miles de árboles muy juntos, donde jamás ningún hombre ha pisado. Se llaman selvas vírgenes...

CAMACHA.—Se llamarán, pero anda que Dios sabe. Ni en las Indias creo yo que quedan vírgenes. De esas cosas ya no hay...

ESTEBAN.—Y si nadie las ha pisado, ¿por qué lo sabes tú?

(Ríe ALONSO.)

DOMINGO.—Una selva vendrá a ser como un encinar grande.

LÁZARO.—Como millones de encinares juntos... y los ríos son anchos como el mar...

MARIVEINTE.—¿Cómo es de ancho el mar?

LÁZARO.—... y más largo que toda España, de una punta a la otra.

ESTEBAN.—¿Cómo es de larga España?

ALONSO.—Los niños se divierten.

(Se lo dice al FRAILE. HERNANDO está pendiente de JUSTINA y ella embebida en LÁZARO.)

MARIVEINTE.—¿Hay en las Indias unicornios?

CAMACHA.—¡Niña! ¡jesús, en qué estará pensando!

LÁZARO.—(Sonriendo.) Habrá, supongo. Allí de todo...

MARIVEINTE.—Pero ¿blancos?

CAMACHA.—Ay, que ahogadero con los unicornios.

LÁZARO.—Los unicornios deben ser siempre blancos.

MARIVEINTE.—¿Y se pueden coger?

CAMACHA.—¡Ya cantó la gallina!

LÁZARO.—No, se mueren si se cogen. De tristeza.

CAMACHA.—Toma, para que aprendas a respetar al unicornio...

ESTEBAN.—Cuando llegamos los españoles allí, ¿nos hacen reyes?

ALONSO.—Un español, es siempre un rey esté donde esté, hijo.

LÁZARO.—Hay minas de oro y plata y de piedras preciosas...

MARIVEINTE.—¿Qué son piedras preciosas?

LÁZARO.—(Mostrándosela.) Esta es una esmeralda.

MARIVEINTE.—Qué nombre más bonito.

ESTEBAN.—Es como el culo de una botella verde.

(Ríe ALONSO.)

LÁZARO.—Esa piedra vale por toda Extremadura.

(Risas.)

ALONSO.—Yo no te la cambiaba ni siquiera por esta vara sólo.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

U.P.R. - RIO PIEDRAS

LÁZARO.—Ya lo sé. (A los jóvenes.) Hay pájaros distintos, con plumajes de todos los colores; montes que llegan hasta el cielo llenos de flores que aquí no conocemos...

MARIVEINTE.—Qué bonito será...

(Se aprieta contra ESTEBAN.)

LÁZARO.—... cascadas de agua diez veces más altas que la torre de la iglesia.

ALONSO.—Eso ya, no.

LÁZARO.—Los indios tienen templos y palacios recubiertos de oro.

HERNANDO.—Bueno, la piedra de Salamanca es también muy dorada. Cuando me gradué de bachiller allí...

ALONSO.—Tú, cállate. ¿Has dicho de oro?

LÁZARO.—De oro puro.

ALONSO.—El oro de las Indias no nos sirve a nosotros. Eso, a los genoveses... La riqueza no da honra.

LÁZARO.—(Tranquilo.) ¿Por qué entonces tu padre, le quitó al mío todo lo que tenía?

ALONSO.—(Inquieto.) Tu linaje y el mío no cabían en un pueblo como éste.

LÁZARO.—Sí, es demasiado chico... Ya he visto como camina España: los donnadies son por fin alguien. Aquí se es, cuando se es, por quien se es; no por lo que se hace o por lo que se vale.

ALONSO.—(Conteniéndose.) Y tú, ¿qué es lo que has hecho?

LÁZARO.—Irme y volver. Me fui porque no comprendía y he vuelto...

ALONSO.—(Temeroso.) ¿A qué?

LÁZARO.—(Natural.) A decir que finalmente he comprendido.

ALONSO.—(Respirando.) Pues yo, no. No sé si sus mercedes...

MARCOS.—Juntos luchamos, juntos vivimos... Dies irae, Dies illa...

ALONSO.—(Con sorna.) En quince años, irse y volver no es mucho... Tú hablas de pájaros y flores. Un hombre habla de guerras: la guerra es la alegría de los hombres.

LÁZARO.—(Sonríe.) Tuve varios naufragios, estuve muerto, me resucitaron, he comido gusanos y otros gusanos me han comido a mí, he visto comerse unos hombres a otros...

ALONSO.—¡Esos indios, qué bestias!

LÁZARO.—Estoy hablando de españoles. También los he visto acostarse unos con otros o usar las hembras de los animales a falta de indias que forzar...

ALONSO.—¡Los niños! ¡Fuera los niños! ¡Esteban! (A LÁZARO.) ¡En mi casa no se habla de eso!

LÁZARO.—Ayer mandaste tú a tu hijo a que aprendiera cómo...

ALONSO.—Ayer no es hoy. Era fiesta. Y no se habló tampoco. Hay cosas de las que no se habla aunque se hagan.

CAMACHA.—(A MARIVEINTE. Va a salir tras ESTEBANILLO.) Tú quédate. Así te enterarás de cómo son los hombres que habrás de soportar toda tu vida.

ALONSO.—¡Fuera he dicho! (A DOMINGO.) Llévatelos. (Salen DOMINGO, ESTEBAN y la MARIVEINTE.) ¡Pues vaya con los héroes de Indias!

LÁZARO.—¡Allí los héroes son los desesperados: los que desesperásteis entre todos! Aquí, los que están inseguros de su hombría y necesitan afirmarla a gritos para que se les crea... Durante quince años lo que he intentado es no ser héroe y no matar a nadie.

ALONSO.—(Sin saber por qué.) ¡¡España es el pueblo elegido de Dios!!

LÁZARO.—El que hoy llamáis «deicida» fue también antes el pueblo de Dios. Yo amaba a una mujer judía...

ALONSO.—(Intentando un encuentro.) Y la gozaste, Lázaro, pícaro, no lo niegues...

LÁZARO.—Huí, porque era deshonorarse mezclar mi sangre con la suya.

ALONSO.—Naturalmente. Y lo es.

LÁZARO.—(Al fraile.) Juntar los cuerpos, pase: para eso está la confesión. Pero juntar las almas... yo os hablo de otro honor. Del honor de ser hombre y saberse hombre.

ALONSO.—(Riendo.) Si se es hombre o no sólo pueden decirlo las mujeres.

LÁZARO.—¿Sí? ¿Cuáles? ¿Las honradas? ¿Las deshonestas? O las judías.

ALONSO.—No hablamos de judías, hablamos de españoles...

LÁZARO.—¿Por qué todo lo que es español ha de serlo contra alguien? Denostando, contradiciendo, persiguiendo a otros seres... Qué fatiga tener que apoyarse sobre lo que se niega. No ser ni Juan, ni Pedro, sino el antijuan y el antipetro. Hacer contrarreformas porque otros hicieron las reformas... Los judíos que nacieron aquí y amaron esta tierra, ¿ya no son españoles?

ALONSO.—No, señor. No, señor. Por descontado. ¡Santiago y Cierra España!

(Da con la vara un golpe en el suelo.)

FRAY.—Calmáos.

MARCOS.—Nunca debió conquistarse Granada...

HERNANDO.—¿Por qué, abuelo?

MARCOS.—Sólo el deseo de destruir algo puede mantenernos unidos... Algo que conquistar... Juntos vivimos, juntos luchamos, justo es que juntos descansemos.

(Abraza su ataúd.)

FRAY.—(A LÁZARO.) Haciais falta aquí, ¿por qué os fuisteis a las Indias?

LÁZARO.—Para respirar hondo.

FRAY.—¿Y respirasteis?

LÁZARO.—No.

FRAY.—¿Por qué?

LÁZARO.—Porque en la Nueva España, también hay españoles.

ALONSO.—(A voces.) No he debido oír bien.

LÁZARO.—(Serenamente.) Si me has oído. Españoles como tú, que creen en la sacrosanta virtud del bautismo, pero esclavizan a los indios después de bautizarlos a la fuerza frailes como este fraile. Españoles que fundan ciudades no en los sitios prudentes, sino en aquellos en que creen que hay oro. Españoles que no labran la tierra, porque ya la labraban aquí y no fueron a eso. Españoles que, como dices tú, lo que pretenden es apalear allí el oro después de haber apaleado el moro aquí.

ALONSO.—(Alborotado.) A las indias mandamos lo que sobra en España; los desechos. Por eso digo que bien estamos como estamos. Cuando los puercos van al monte, la casa está sin ruido.

LÁZARO.—Tú eres como esos tontos, a los que se señala la luna con el dedo y se quedan mirando el dedo, no la luna. Te agarras a tu vara para mandar porque me tienes miedo.

ALONSO.—¡Miedo yo! Puedo hacerte matar.

LÁZARO.—Ser fuerte no es matar: es sonreír. No le temo a la muerte, sino al miedo a la muerte: eso es lo que destruye. Tú estás en tu sillón, haciendo de la vida una costumbre, de la costumbre una seguridad. Con los ojos cerrados, por que si no la vida sería peligrosa. Igual que el nuevo mundo. Todo lo grande es peligroso... Pero tú perteneces a una nación potente y eso te da confianza. El espíritu domina la materia y hay ejércitos que delienden el honor colectivo. No harás nunca el ridículo,

Alonso. El ridículo es lo extraordinario y sólo lo hacen los que no están tranquilos, los que no tienen ni sillón ni vara. Los que demostrarán que tenían razón sólo después que haya pasado todo, cuando quizá sea tarde.

ALONSO.—(A HERNANDO y el FRAY.) Sujetadme o con la espada tendremos que hablar de eso.

(Lo sujetan.)

LÁZARO.—(Sonriendo.) Lo de siempre. Aquí es más hombre el que más manda.

ALONSO.—Yo soy más hombre, cien mil veces más hombre que tú, Lázaro Ayala.

LÁZARO.—Tú, como los nuevos ricos, te estás imaginando un pasado glorioso, del que tus hijos puedan sentirse ufanos. De ahí que, para no engañarlos, en la vieja España será mejor no tener hijos. O tenerlos y decirles por las claras: España empieza con vosotros, hacédla a vuestro modo y no al nuestro, porque nosotros no supimos.

JUSTINA.—Lázaro...

(Va a acercársele, pero ALONSO la aparta.)

ALONSO.—(Violento, asiéndolo casi del cuello.) Los españoles seremos siempre los predilectos de Dios, los escogidos de su Santa Iglesia, y triunfaremos de nuestros enemigos entre los que estás tú.

HERNANDO.—(Como inspirado.) Pobre del sabio que tiene que servir a señor necio. (ALONSO se vuelve, mudo de asombro.) ¿No os dais cuenta? Al español le urge sólo una cosa: ser reconocido por los demás, si no, es como si no existiera. ¡Ser él! ¡Ser él! Qué sin sosiego, qué acoso: pasar toda la vida siendo solamente español. ¡Me dan arcadas!

ALONSO.—(Levantando la vara.) Loco, atrevido.

HERNANDO.—(Apartando, sencillamente la vara, a

LÁZARO. A partir de este momento bascularán los personajes: los que rodeaban a ALONSO lo irán dejando por LÁZARO.) Mirad mi pierna. No es muy bonita, pero... No fue una perlesia lo que así me la puso: fue un interrogatorio del Santo Oficio. Me delataron por alumbrado. No hubo pruebas; pero ellos, en la duda, se encargaron de dejarme esta prueba.

(Anda cojeando.)

CAMACHA.—El que canta en el ansia, llora toda la vida. Quien no canta, cojea. Qué desgracia.

HERNANDO.—Estoy harto de ocultar la verdad en este pueblo. Os oigo y es como si hubiera dejado de ser cojo.

CAMACHA.—No os hagáis ilusiones.

HERNANDO.—Como si España pudiera resurgir, igual que un fénix, de sus propias cenizas, aunque sean las cenizas de un auto de fe, ¡coño!

MARCOS.—Nunca debió conquistarse Granada...

HERNANDO.—(En una arenga un poco grotesca.) Lo que gobierna la vida es el amor, el deseo de la felicidad. Y la gobierna con más acierto que los dogmas, en cuyo nombre tanto se ha matado y se matará más. Los ideales impuestos son los mayores asesinos. En los Autos de Fe las ideas arden y los ideales son el humo que despiden.

CAMACHA.—Se descolgó el cojuelo, míralo. Y parecía un sabio de esos que nunca dicen lo que saben.

LÁZARO.—(Sonriendo.) Sólo una cosa hay cierta: el hombre, el maravilloso y pobre hombre. Si hay un pecado original es porque hay una inocencia original que aún no se ha extinguido. Yo la he visto y he venido a decíroslo.

ALONSO.—(Dando con la vara en el suelo.) ¡Basta!

LÁZARO.—Cuanto menos me parezco a ti, más fuerte soy, porque he tenido que ejercitar toda mi fuerza para no parecerme.

JUSTINA.—(*Electrizada.*) Lázaro...

HERNANDO.—(*En su tono.*) Vos sois distinto. ¿Pero quién se atreverá a gritar aquí: «Yo soy distinto», sin que lo apuñalen? Porque somos distintos pudimos ser amigos, pero aquí no hay amigos, sólo hay cómplices.

LÁZARO.—No; cómplices sólo, no. Vos, viejo Marcos, estuvisteis unido con mi padre, con muchos otros...

MARCOS.—(*Como recordando.*) Con muchos otros: medio país. Pero en contra también el otro medio... ¿Y qué quedó de aquello? (*Sube de repente al sillón de ALONSO. A gritos.*) Seremos libres, se gobernará el pueblo a sí mismo; en las Cortes estará a ras del Rey, no durarán los cargos de por vida, se exigirán responsabilidades a su término. Comuneros, subiréis, sin dejar la mirada, los peldaños del trono. El pueblo, tan cansado de obedecer, tan numeroso que parece inmortal... Los señoríos son injustos todos: van contra la igualdad, y todo lo que se hace por la fuerza tiene que ser deshecho por la fuerza.

ALONSO.—¡Baja! Hace cuarenta años de eso, abuelo. Jamás por un problema de tributos se armó tanto ruido.

MARCOS.—(*A gritos.*) No es de pagar o no tributos de lo que hablo, sino de que se exijan de acuerdo con la ley. Lucharemos por que amamos la patria y queremos hacerla. Nosotros somos la patria no el rey, ni sus flamencos, ni sus borgoñones. Patria somos los cristianos, los judíos, los moros. Juntos lucharemos, juntos vivimos...

ALONSO.—No escuchen sus mercedes a este orate.

MARCOS.—No debió nunca conquistarse Granada. España se acabará en España. No queremos imperios, no queremos las tierras que no amamos, no queremos suplicar por más tiempo lo nuestro. (*LÁZARO se ha acercado a MARCOS y lo mira. MARCOS se apea de su delirio.*) No queríamos... En Villalar

apagaron aquella antorcha de oro. (*LÁZARO lo baja del sillón como a un niño.*) Allí debí morir y me quedé arrastrando esta vida de loco. (*Busca su ataúdillo.*) Allí, de un tajo me dejaron sin brazo y sin espada. Los dos yacen aquí. Juntos vivieron, juntos lucharon, justo es que descansen juntos para siempre. Aquí los dos, esperándome a mí...

ALONSO.—(*Intentando sacarlo.*) Ya está bien, padre...

MARCOS.—(*Violento.*) ¡No soy tu padre! ¡Aparta! Tu padre denunció por comunero al padre de éste, que era hidalgo. Esta era su casa y no la tuya. Estos son los retratos de su gente. Él nació aquí, no tú. A tu padre, que no quiso ser hombre, lo hizo el rey consejero: le dio una vara de mandar —está bien—, y mandó que te casaras con mi hija. Está bien. Y yo como tu pan. Todo está bien. Pero no me vuelvas a llamar nunca más padre... (*Al ataúd.*) Vamos, espada; vámonos, brazo mío... (*Mientras sale.*) Ay, por qué no me dieron aquel tajo en la frente...

ALONSO.—Si se lo hubieran dado en la frente, no estaría más loco de lo que está; seguro.

FRAY.—Sin embargo, cuando el emperador comprendió que lo importante era ser rey de España, él, que no había pasado ni seis meses en ella ni seis meses seguidos, se vino, para morir, a Extremadura.

LÁZARO.—¿Y para qué, sino? Todos volvemos para morir.

FRAY.—(*Amablemente.*) Continúa hablando de las Indias.

LÁZARO.—Quizá vos sepáis más. Las Indias se gobiernan desde Guadalupe. Los jerónimos sois los ministros de Indias, los regidores del gran ceremonial.

ALONSO.—¿Cómo te atreves a dirigirte de esa forma a Fray Guzmán de Herrera?

FRAY.—Tiene razón: mi orden no mendigaba antes: trabajaba... La lana de las ovejas de Castilla debía tejerse en Castilla, no en Flandes. Antes,

cuando me revestía, ya al ponerme el amito lloraba recordando la pasión. Decía misa llorando. Ahora, si lloro es porque ya no lloro... En mi orden se admitían los conversos. Luego ya se exigió la limpieza de sangre: fue lo único limpio que quedó. Uno piensa, ante tanto ornamento, ante tanto retablo, ante ese gran ceremonial que vos decís, en una cárcel de oro. A veces, a la hora de cantar el Oficio divino, recuerdo el Salmo 136 y me digo: «No, no podemos cantar los himnos de Sión porque no somos libres. Nuestras cítaras están colgadas de los árboles.»

OLALLA.—(Desde dentro.) Lázaro.

JUSTINA.—Lázaro...

LÁZARO.—(A FRAY.) Yo sé dónde se puede vivir en libertad, donde puede recuperarse el paraíso.

FRAY.—(Cariñoso.) No menciones el paraíso dentro del purgatorio... (Muy próximo.) Cuando tropiezo con hombres como tú, recuerdo que mi padre contaba de un alquimista muy rico que perdió toda su enorme fortuna por obtener una pepita de oro en su probeta. Acaso tu probeta sea este pueblo.

CAMACHA.—¿Ahora una probeta? ¡Qué desconcierto de conversación!

ALONSO.—Certidumbre no tengo, pero lo que decís, padre, quizá no sea cristiano.

HERNANDO.—(Que forma ya grupo frente a ALONSO, sólo.) La virtud es siempre castigada en este mundo. A veces —no muchas, pero a veces— (Por ALONSO.) también lo es la idiotez.

ALONSO.—¡Calle el tientaparedes! Me gustaría opinar de todo esto, pero temo que no sea muy cristiano.

FRAY.—(Frio.) El que teme a las hojas, mejor que no vaya al bosque.

HERNANDO.—(Sabihondo.) Un dilema esencial: el hombre, ¿puede ser libre o no? si no, es irresponsable; si si, no es necesario Dios.

FRAY.—Ante ese dilema, lo mejor es callar: dejarlo en el misterio.

ALONSO.—(Para incorporarse.) Un sacerdote del Señor ¿responde así a tamaña herejía? Os denunciaré a todos...

FRAY.—(En el grupo, ajeno a ALONSO.) El hombre perdió su libertad al perder su inocencia. La ley que recibió en garantía de la libertad, al ser mal empleada por los fariseos (Por ALONSO.), se vuelve esclavitud.

LÁZARO.—Por eso es necesaria una libertad nueva en un nuevo paraíso, adonde la inocencia no se haya aún perdido.

FRAY.—(Triste.) Temo que la serpiente esté enroscada ya en esos altos árboles floridos de las Indias. En ellos o en otros semejantes, hemos ido, uno a uno, colgando nuestras cítaras...

CAMACHA.—Pero, ¿qué es una cítara? Yo conozco, limones, bellotas, hasta membrillos, pero, ¿cítaras?

ALONSO.—No sé que pito tocan las cítaras aquí, pero sé que en España la religión es el poder y el poder, la religión. Por eso España vivirá eternamente: porque está guarecida bajo el ala de Dios.

FRAY.—¿Estáis seguro de que Dios es español?

ALONSO.—Claro que estoy seguro. Y de que vos, que estáis pagado para predicar el orden y la paz, no cumplís vuestro oficio. Porque la religión debe ser una cúpula...

FRAY.—(Firme.) ¿Una cúpula, sobre qué? Si sólo hay disensiones y mordiscos.

ALONSO.—Acta levantaría de esto un visitador del Santo Oficio.

LÁZARO.—No hay oficio más santo que el de amar.

HERNANDO.—Eso, eso...

(Mira a JUSTINA, buscando su aprobación.)

ALONSO.—¡Sí!, ¡el de conservar sin mancha la forma en que Dios quiere ser adorado!

FRAY.—Dios ya sabe que manchados estamos. ¡Nos hizo Él! (*Desconcierto de ALONSO.*) Si removemos cualquier piedra, de aspecto hermoso y limpio...

JUSTINA.—La piedra fundamental es el amor...

FRAY.—... Bajo su humedad vemos sólo lombrices y alacranes crispados.

ALONSO.—Mejor dejar las piedras donde están. Y las cítaras esas y las Indias, también en donde están... Olvidado, olvidado... (*Convincente.*) Me han dicho que los indios, viendo a los españoles a caballo, creían que eran, español y caballo, un solo ser.

HERNANDO.—Sí, como los centauros...

LÁZARO.—Y quizá, lo que más hemos usado, al conquistar las Indias, sea la parte de abajo del centauro...

OLALLA.—(*Dentro.*) ¡Lázaro!

ALONSO.—(*Sin comprender mucho, pero queriendo salir del problema, ríe.*) ¡Pues vamos a brindar por las partes de abajo! Mujeres, metijonas, sacad unas morcillas y unos frascos de vino, que estos discutidores tienen la garganta seca. Se acabó... Veneno les daría.

(*Van a salir las mujeres, pero entra MARIVEINTE, ocultando una risa.*)

MARIVEINTE.—Olalla está a la puerta, esperando, sentada...

LÁZARO.—Que entre. (*JUSTINA, lo mira con reproche, luego a su marido.*) Quiero que esa mujer sea mi esposa.

(*Una tensión.*)

JUSTINA.—(*Con infinito dolor.*) No...

(*MARIVEINTE ha salido y entra ahora con los que antes salieron, rodeando a OLALLA*

como un personaje de feria. Traen escobas, plumas de gallinas, bieldos, etc. OLALLA, harapienta, viene enjoyada de oro: diademas, pectorales, collares, brazaletes... Una sorpresa en todos, seguida de una risa incontenible. Voces: Pero ¿es qué es carnaval? «¿De qué viene vestida?» «¿Vestida?: de qué viene desnuda?» «¿Una india, una india», etcétera.)

LÁZARO.—(*A quien OLALLA mira intensamente. Sobre las voces a FRAY.*) Quiero que esa mujer sea mi esposa. Casadnos.

FRAY.—(*Que también ríe.*) Aquí no puedo hacerlo.

LÁZARO.—He visto casar sobre los barcos, bajo los árboles, al sol...

FRAY.—No estamos en las Indias.

OLALLA.—(*Quitándose los adornos y arrojándolos a todos, primero a FRAY y a LÁZARO.*) ¿No? ¡Pues toma! ¡Toma! para tu Virgen. ¡Para tu Guadalupe! ¡Todo el oro de Indias, tómalo! ¡No lo quiero! ¡Para ella! Seguid cubriéndola con oro hasta que no la veáis ya, hasta que sólo veáis el oro que la cubre... ¡Toma! ¡Toma!...

LÁZARO.—¡Espera!

OLALLA.—Esperar, ¿qué? Ya, ¿qué? ¡Un hombre cada vez más hombre es lo que quieres! Sabedlo todos: ¡Lázaro está castrado! ¡Castrado como un cerdo que ha de cebarse para la matanza! Quién va a creer desde ahora, a un castrado... Todos estamos locos. Todos hemos perdido... (*Entre la desesperación, la ira, el llanto, el amor ultrajado.*) También la Nueva España castra. Otros trajeron muchas bolsas de ella: tú, ni siquiera las dos que te llevaste... Nos han vencido. ¡No hay paraísos, no! Ni aquí, ni allí, ni en ningún sitio... la boda de una puta y un capón: ¡ese había de ser mi paraíso! (*JUSTINA tiene*

un ataque histérico. Su marido la abofetea. Entretanto:) Se acabaron los paraísos. Se acabaron los hombres para siempre. Sólo quedan imágenes de santos para cubrir las de oro. Santos de palo y oro. ¡Hombres de palo con hombrías de palo carcomido...!

JUSTINA.—(A HERNANDO.) ¿Qué sentido tiene esto?

(Sale corriendo. La CAMACHA tras ella.)

MARCOS.—(Que entró antes, ajeno al ruido.) Juntos luchamos, juntos descansaremos...

ALONSO.—(Envalentonado, frente a LÁZARO y rodeado por sus personajes que han retornado a su primera posición.) ¡Y pensar que llegué a tenerte miedo! (LÁZARO no se ha inmutado.) En España no hay muchas diversiones: tenemos demasiada grandeza en qué pensar. Por eso, en estas tierras, cada pueblo tiene su propio tonto, que es el hazmerreír de los demás... El mío no tenía. Con la autoridad que esta vara me da te nombro, Lázaro de Ayala, tonto oficial del pueblo. No te faltará el pan y el requesón: un tonto lo merece... pero vivirás al otro lado del río seco. Sólo entrarás al pueblo los domingos y días de fiesta de guardar a oír la santa misa... El resto de la semana, cuéntale a las encinas tus graciosas historias de las Indias.

(Ríen algo todos. Gritos de CAMACHA, ya desde fuera: «¡No, Justina, no! ¡Justina!»)

CAMACHA.—(Entra con el niño en brazos, luego JUSTINA.) ¡Justina, ha estrangulado a su hijo! ¡Está loca! ¡Miradla! ¡Se está mordiendo las venas! ¡Impedidlo!... ¡Mirad! ¡Está muerto! ¡Lo ha matado!

JUSTINA.—(A quien alguien coge de las manos, va arrastrándolo mientras habla.) Lo he hecho por amor... ¡Soltad! ¡No soy culpable!... ¡No era hijo de Lázaro!

¡No podía serlo! ¿Es que no entendéis?... ¡El amor! (A HERNANDO, que procura ocultarse.) ¡Ahora estoy en gracia de Dios: explicaselo tú!

ALONSO.—¡Amordazadla!

JUSTINA.—(Corriendo.) No ha sido por mi propia voluntad. Me lo ha ordenado Dios, el amor de Dios...

(La cogen.)

ALONSO.—Atadla.

(Lo hacen.)

JUSTINA.—¡Ahora ya estoy en gracia!... (Se la llevan.) ¡Soltadme!

(Siguen oyéndose sus gritos.)

ALONSO.—¡Amordazadla para que no grite!

(Todo está ahora quieto.)

OLALLA.—(Acercándose a LÁZARO.) ¿Qué es lo que he hecho? El niño... Lázaro: El río no trae agua: es fácil de cruzar... Déjame acompañarte donde vayas...

(LÁZARO tiene una pequeña sonrisa. Toma a OLALLA de la mano. Salen los dos, por el paso que los demás, mudos, les abren.)

OSCURO

(El resplandor barroco de un retablo. Música de órgano. Incienso. Casullas briscadas. FRAY GUZMÁN termina la Misa del cuarto domingo de Adviento. Está de espaldas leyendo la «postcomunión».)

FRAY.—Sumptis munéribus, quaessumus, Domine: ut, cum frequentatione misterii, crescat nostrae salutis effectus. Per Dominum Nostrum Jesum Christum, qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sanctus, Deus per omnia saecula saeculorum.

ACÓLITOS (o ESTEBANILLO).—Amén.

FRAY.—(De cara.) Dominus vobiscum.

ACÓLITOS.—Et cum spiritu tuo.

FRAY.—Ite, missa est.

ACÓLITOS.—Deo gratias.

FRAY.—(Vuelto al altar.) Pláceat, tibi, Sancta Trinitas, obsequium servitutis meae; el praesta ut sacrificum, qued oculis tuis majestatis indignus obtuli, tibi sit acceptabile, mihique, et omnibus pro quibus illud obtuli, sit, te miserante, propitiabile. Per Christum Dominum nostrum, amén. (Se vuelve.) Benedicat vos, omnipotens Deus. (Bendice.) Pater et Filius et Spiritus Sanctus.

(Si hay asistentes, van saliendo. El FRAY recoge el cáliz. Inicia un mutis por un lateral del altar. De la sombra salen LÁZARO y OLALLA, cubierta de la cabeza. Muy pobres y descalzos.)

LÁZARO.—Fray Guzmán. (FRAY se detiene. Mira alrededor. Aleja con un gesto a los acólitos.) Esta mujer y yo deseamos contraer matrimonio.

OLALLA.—Vamos, Lázaro. Si hay Dios, debe ser mucho menos prudente que los hombres.

LÁZARO.—(Insistiendo.) Señor, el Evangelio que acabáis de leer termina con la profecía de Isaías: «Se oirá la voz de uno que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor y prevenid sus sendas. Terraplenad los valles, allanad las montañas para que todos los hombres puedan ver al Salvador enviado por Dios.»

FRAY.—¿Queréis darme lecciones o insinuáis que vos sois el enviado?

LÁZARO.—Sólo quiero deciros que esa voz seguirá clamando sin que nadie le oiga. Estáis negando a Dios, porque Dios hizo un orden natural al que todo lo natural nos llevaría, y vosotros no queréis ese orden, sino uno vuestro, marcado por vosotros, pequeño y miserable. Coláis de vuestro vaso los mosquitos y os tragáis los camellos. Os habéis unido al poder y el poder os arrastrará cuando se desmorone. Vuestras capas pluviales son tan ricas que pesan mas que quien las lleva: Antes o después, tendréis que despojaros de ellas, si no os aplastarán. Se os ha ido el espíritu de las manos como una mariposa. Miráoslas: (FRAY no puede evitar hacerlo.) Sólo os queda en los dedos una mancha dorada. Cuando Moisés bajó del Sinaí encontró a su pueblo adorando al Becerro de Oro: es posible que ahora estéis adorando al oro del Becerro. Sois los administradores de Dios, Fray Guzmán, y Él es más grande que nuestro corazón. Tened cuidado: entre el debe y el haber no os cabrá Dios...

FRAY.—¿Me estáis amenazando?

LÁZARO.—Yo no. Quien os amenaza es quien lleva la vara. El báculo se ha sometido a ella una vez más.

FRAY.—Idos. Tomad a esta mujer y salid: no de esta iglesia ya, del pueblo. Porque sois peligroso para todos, para vos el primero. Hay grandes cosas que están en pie tambaleándose, a punto de caer. No las toquéis porque os caerán encima.

LÁZARO.—El otro día dijisteis que Dios no era español...

FRAY.—(Confuso.) El otro día dije muchas ligerezas.

LÁZARO.—Por qué no os preguntáis, este cuarto domingo de adviento, solo ya en vuestra celda, si es o no Dios católico.

FRAY.—¡Salid! Hace dos meses, en Valladolid, para recibir al rey, se quemaron 21 herejes. Dentro de

poco habrá otro auto de fe para recibir en Toledo a la reina. Vuestro cuerpo es combustible y sospecho que mi cuerpo también... Nunca más se abrirán para vosotros las puertas de esa Iglesia.

OLALLA.—Vamos, Lázaro, vamos. De ahora en adelante para nosotros todo será Dios...

OSCURO

(Junto a la vivienda de arcilla y bálagos donde viven OLALLA y LÁZARO hay un calvero de encinar. Es la Noche de Navidad. La luna se filtra entre las ramas e ilumina un cuadro evangélico: LÁZARO rodeado de porquerizos; OLALLA, espiritualizada, atenta a su voz y a sus ojos; el viejo MARCOS sin su ataúd, casi resplandeciente; DOMINGO y ESTEBAN. Pronto se oirán las voces lejanas de un villancico que se acerca.)

LÁZARO.—*(Continuando su doméstico sermón.)* En la Nueva España trataremos de empezar otra vez lo que tan mal hicimos hasta ahora. Comprobaremos que la naturaleza y el instinto no son los enemigos del alma, sino sus hermanos mayores, y podremos vivir todos en una misma casa. El mundo, que Dios hizo...

PORQUERO.—Pero en esa casa, como en todas, habrá un estrado donde suba el señor, y una cochiguera donde tirite el porquerizo.

LÁZARO.—*(Niega.)* En ella habrá un hermoso trabajo para cada uno. No el de alimentar y engordar cerdos ajenos, sino otro, elegido, que os canse alegremente. No os animo a rebelaros ni os prometo riquezas: os animo a vivir en libertad. En esa Nueva España no habrá contaminados ni conversos: toda sangre es sagrada. No hay orgullo más tonto que el que se apoya en qué cuna se nace o en qué tierra...

MARCOS.—Pero, ¿es preciso irse? ¿No podríamos hacer la Nueva España en ésta?

LÁZARO.—Es preciso atravesar los mares y llegar donde están la paz y la alegría. Fuera de estos secanos, la vida se derrama sin que nadie la beba...

PORQUERO.—Y si allí no hay tiranos, ¿quién nos gobernará?

LÁZARO.—Vuestras virtudes. En ellas creo yo, no en el poder. El poderoso acaba siempre por aplastar al inocente y por robar al pobre...

DOMINGO.—Dios, que nos quiso pobres a nosotros, a ellos les dio morcillas *(Ríe.)* Toma, Olalla.

(Le da un envoltorio.)

LÁZARO.—*(A OLALLA.)* Repártelo. Reparte todo lo que han traído...

OLALLA.—Hoy era Navidad.

LÁZARO.—Es Navidad, Olalla: siempre es Navidad... ¿Lo robaste, Domingo?

DOMINGO.—Si de verdad Dios quiere que unos tengan morcillas y otros no, pienso que también querrá que las robemos. Por mí, bendita sea su voluntad.

(OLALLA reparte pan, embutidos. Alarga un queso a LÁZARO, que lo trocea y lo reparte.)

LÁZARO.—Debajo de cada criminal, debajo de cada poderoso hay un niño que, como se sabe débil, procura disfrazarse de guerrero. Igual hacen los indios. Con sus pinturas de guerra ocultan que van desnudos y se les puede herir...

PORQUERO.—Esta morcilla tiene mucho orégano. Se han pasado de orégano.

DOMINGO.—No; a mí me gusta así: con mucho orégano y con mucho de todo.

PORQUERO.—Pues a mí, no.

DOMINGO.—Entonces, dame tu trozo...

PORQUERO.—No, que te lo comes.

LÁZARO.—(Sonríe.) ¿Veis? Queremos ser felices. Pero tenemos tanto miedo a serlo, que preferimos contentarnos con lo que ya tenemos: un trozo de morcilla, que, además, no nos gusta... No llevéis a la Nueva España impedimenta. Dejad aquí todo lo que os tortura: el hambre, la pobreza, el temor a la herejía, el afán de ser algo, las espadas... Y si Dios os tortura, dejáoslo también: cuando lleguéis allí, Dios saldrá a recibirnos.

DOMINGO.—¿Otro Dios? ¡Anda!

LÁZARO.—El único. Todos los días son de navidad... lo importante es estar muy unidos. Ya tenéis en común lo que es más vuestro: vuestra esperanza y el desvalimiento...

MARCOS.—No sé. Acaso lo mejor sea morir, Lázaro. La otra vida, a poco diferente que sea de ésta, algo mejor será...

DOMINGO.—¿Y si no hay otra vida?

PORQUERO.—¡Qué sí! Si no, los ricos no tendrían miedo a morir y entonces serían, hasta en eso, más afortunados que nosotros.

PORQUERO.—Bendito sea el Señor, que inventó la otra vida para que los ricos no fuesen felices del todo en ésta.

DOMINGO.—Bendito y alabado. Vamos a pedirle perdón por lo que hemos robado a nuestros amos.

PORQUERO.—Sí, ya una vez comidos, mejor arrepentirnos...

(Se arrodillan.)

LÁZARO.—(En medio.) Si en vez de doce, fuéramos doce mil, la razón estaría de nuestra parte... si tengo un solo barco, soy pirata. Si tuviera una Armada, sería rey. Pero yo soy el mismo con un barco o con cien... Dejad enriquecerse a los frailes y a los villa-

nos, que han echado honra como quien echa tripa. Que se honren mutuamente en este mundo y no hagan más que prepararse a seguir siendo honrados en el otro. Porque, ¿qué es honra aquí? La holganza. ¿Y qué, deshonra? Trabajar con las manos... (Alzándolos.) No le pidáis perdón a Dios: dadle sólo las gracias.

PORQUERO.—Siendo así, Olalla, ¿queda queso?

OLALLA.—(Dándole su parte.) Toma.

PORQUERO.—No, que te lo ibas tú a comer.

OLALLA.—Tómalo y escucha lo que Lázaro dice, que a eso venís.

LÁZARO.—Si no tenéis temor, seréis de verdad libres. Por lo que más queráis, no os neguéis a la vida. La vida es lo único que habéis de ganaros, como el pan o la lumbre; ya la tenéis y es vuestra, sólo vuestra...

(Entra el grupo de villancico: CAMACHA, MARIVEINTE, ESTEBAN... Todos van sumándose a él. Cantan y bailan.)

CAMACHA.—¡Fiesta! ¡Haya fiesta! ¡Que en vez de Nochebuena sea Nochemejor! (Letra del villancico.)

«Ola, ola, que vienen gitanas,
Ola, ola, que suenan sonajas.
Ala, ola, que bailan chacona.
Vengan, vayan
a Belén con la danza.
Vayan, vengán
a Belén con la fiesta.
Ola, ala
vengan repicando las sonajas.
Catañetas se hagan rajas
en el baile volandito,
porque el Niño trigueñito
está cubierto de pajas.

Ola, ala.
 Finezas, caricias
 al Chocorroti corrotico del alma
 y a quien le parió Repuli repulida.
 Ola, ala,
 que con el bamboleo de las mudanzas
 y con el airecillo de las gitanas
 se descubren la espiga,
 vuela la paja.»

MARCOS.—(A OLALLA.) Yo me quiero quedar a vivir con vosotros.

OLALLA.—Lo que Lázaro diga.

LÁZARO.—Quédate. Y vete cuando quieras. Y vuelve otra vez si nos echas de menos...

MARCOS.—No creo yo que mi vida dé ya para ese ir y venir. Me quedaré.

LÁZARO.—Mientras la vida dure, padre Marcos, hay que vivirla entera... ¡Estebanillo, baila con Mariveinte!

ESTEBAN.—¿Puedo?

LÁZARO.—Si no te mueves, no.

(Lo empuja.)

CAMACHA.—¡Eso! Que cuando nace un Niño es buena noche para encargar otro. (Empuja a MARIVEINTE.) Ya de perderte, que te pierda un rico... (A LÁZARO.) Las madres tenemos que ocuparnos de que las hijas se nos pierdan bien. ¡Ay, qué madraza es una!

LÁZARO.—Nadie se perderá...

CAMACHA.—Cierto. El cementerio está repleto de hijos míos. Angelitos: ellos ruegan por mí... (Me tiéndose en la bulla.) Dure la vida, dure, que con ella todo se alcanza.

(Bailan. LÁZARO y OLALLA se miran. De

repente irrumpe ALONSO, con su vara, acompañado de HERNANDO.)

ALONSO.—¡Aquí están! Y la iglesia vacía. Y mi casa, vacía. Y mis ganados, sueltos... Aquí están los borrachos. Aquí están los ladrones. ¡Y en la misa del alba, los frailes cantando solos delante del pesebre!

CAMACHA.—(A MARIVEINTE que sigue bailando sola.) ¡Para, tardía!

LÁZARO.—Qué mejor misa que ésta de la buena gente, regocijándose bajo las estrellas. Así pasó en Belén...

ALONSO.—Lo que pasó en Belén no es cosa mía. Lo que pasa aquí, sí. (A ESTEBANILLO.) ¡Luego a casa, mal hijo! (Le golpea duramente.) ¡A la casa! ¡A la casa! ¡Te juro que no vas a olvidarte de esta noche!

LÁZARO.—(Interponiéndose.) Pero ¿por qué?, ¿por qué?

ALONSO.—¡Apártate! ¡Es mi hijo!

LÁZARO.—Por eso. Si le diste la vida, déjale que la viva...

ALONSO.—¡Tú has trastornado todo! Y haz memoria: hasta en el evangelio se dice que es preferible que muera un hombre solo a que perezca todo el pueblo.

LÁZARO.—Sí, en el evangelio; los fariseos lo dijeron.

(Mirada de odio de ALONSO.)

ALONSO.—Fuera de aquí los de mi casa. (Empuja a su gente que se apoquina. A MARCOS.) Tú no vuelvas a ella. Eres un loco y me diste a una loca por mujer. No quiero verte más.

(Le golpea con la vara.)

MARCOS.—(Entre la ira y la humillación, llora como un niño.) ¡A mí! ¡A mí!

LÁZARO.—(Arrebata la vara de ALONSO.) No te dieron esta vara de la justicia para maltratar a los indefensos, sino para dirigirlos a donde les convengan.

(La parte en dos. Tira los trozos. Le besa la mano a MARCOS. ALONSO, humillado, recoge los trozos.)

ALONSO.—Estos dos trozos te van a atravesar, Lázaro Ayala. (Se acerca amenazador. LÁZARO, tranquilo.) Te van a atravesar ahora. (Percibe un leve movimiento entre las gentes, que le hace detenerse.)... O mejor, la justicia andará su camino. No quiero manchar de sangre una noche como ésta... ¡Todos a la misa de alba! (Arremetiendo.) ¡He dicho todos!

(Van saliendo. LÁZARO se queda acariciando la cabeza de MARCOS, que sigue sollozando bajito.)

OLALLA.—(Llena de amor.) Lázaro... más que nunca, más que nada en este mundo y en el otro, me gustaría ser tuya esta noche...

LÁZARO.—Eres mía y yo tuyo... ¿Por qué no cantas una de las canciones de tu raza que aquel verano me cantabas?

OLALLA.—(Rota la voz.) ¿Con qué música, Lázaro? ¿Cómo voy a cantarlas? Las cítaras están colgadas de los árboles... ¿No lo has visto?: no nos dejan cantar: No somos lias... (Por lo que ha sucedido.) Colgadas para siempre de los árboles...

OSCURO

(Un tabuco en casa de ALONSO. Alto, un ventano enrejado. En un sillón, atada a sus

brazos y amordazada, JUSTINA. Es de día, pero sólo se ve la luz de un candelabro. CAMACHA, introduce sigilosa a OLALLA.)

CAMACHA.—Pasa, sin ruido. Pasa... (A JUSTINA. Ésta niega con la cabeza.) ¿No gritará?... Puede matarme el amo si se entera de esto...

(Le quita la mordaza.)

JUSTINA.—(A OLALLA.) Te he odiado siempre.

OLALLA.—Y yo he sabido siempre que me odiabas... Pero hoy no me has llamado para decirme eso.

JUSTINA.—Siento estar amarrada. Es la primera vez que te hablo frente a frente.

OLALLA.—La primera y la última: lo que ha de llegar, llega.

JUSTINA.—Ya estaba preparada para un hombre. Me lo quitaste. Me casaron con otro. También me lo quitaste.

OLALLA.—Lo comido por lo servido: lo del segundo fue un favor que te hice.

JUSTINA.—Toda mi vida ha estado a merced tuya, dependiendo de tu sonrisa de perra judía. De tus caderas, del brillo de tus ojos, de tu carne...

CAMACHA.—Déjate de caderas y habla bajo. Date prisa en decirle lo que sea: no hay tiempo que perder...

OLALLA.—(Fatídica.) Ya sé lo que es.

JUSTINA.—(A CAMACHA.) Desátame esta mano. (Por la derecha. No lo hace.) Te doy esta cruz si me desatas... Es de oro... siempre te gustó.

(CAMACHA le quita la cruz y le desata la mano.)

CAMACHA.—A ver qué es lo que haces.

(Se guarda la cruz.)

JUSTINA.—(Por OLALLA.) ¡Que se acerque! (A CAMACHA.) ¡Empújala! (Con la mano libre la agarra por el pelo.) ¿Por qué a ti? ¿Por qué tú? (La toca, la acaricia.) ¿Qué tienes? (La besa.) ¿Cómo besas? Bésame, bésame... Ahí ha estado su boca... (OLALLA consigue desasirse y se aparta.) Hueles mal... yo tenía la piel más fina que la tuya... y las manos más delicadas. ¡Era mío! ¡Desde niña me dijeron que era mío...! ¡Pero te ha amado a ti!

OLALLA.—Yo me entregué a su hora, tú no fuiste capaz.

JUSTINA.—En mi linaje las mujeres...

OLALLA.—En tu linaje han hecho lo que en todos: abrir las piernas y recibir a un hombre.

CAMACHA.—¿Lo ves? Ahí tiene razón ella...

JUSTINA.—(Tajante.) Lázaro va a morir.

OLALLA.—Lo sabía...

JUSTINA.—Una vez muerto, lo acusarán de haber agitado a las turbas, de sodomita, de hereje, de traidor...

OLALLA.—Sí; las acusaciones las conozco; soy conversa... Pero la verdadera es que tu marido tiene miedo. Un medio hombre le ha dejado sin porquerizos, sin manos que trabajen su tierra, sin gente que le sirva... sin mí. Lázaro, podría, incluso reclamar su casa, renovar la memoria de su padre: el rey de ahora es otro que piensa de otro forma... Tu marido, porque le tiene miedo, va a matarlo y los demás no lo defenderán porque le tienen miedo a tu marido. Lo de siempre...

JUSTINA.—Lázaro puede levantar al pueblo. Lo tiene subyugado.

OLALLA.—Yo no confío en el pueblo: ha sido cobarde durante demasiado tiempo para dejar de serlo de repente.

JUSTINA.—Dicen que viene gente a oírlo de toda Extremadura. Se podría...

OLALLA.—Aunque vinieran de España entera. Lo

oyen, pero no harán jamás lo que él les dice... Como vosotros no hicisteis jamás lo que otro os dijo en el sermón del monte.

JUSTINA.—Tú también me odias.

OLALLA.—No, no he tenido tiempo. Siempre he estado atareada. Los pobres no tenemos tiempo de lealtad ni de odio. Hasta matar lo hemos de hacer de prisa: sin autos ni procesos.

JUSTINA.—Que huya entonces. Que se vaya de aquí... Pero hoy mismo, ahora mismo.

OLALLA.—No querrá.

JUSTINA.—Que se vaya ahora mismo.

OLALLA.—Pero, ¿por qué?

JUSTINA.—Cuando amanezca irán por él. Con perros y con palos y con piedras.

OLALLA.—¿Quiénes?

JUSTINA.—Mi marido y los suyos... no lo ahorcarán siquiera. Ni lo acuchillarán... Lo arrastrarán, desollándose, vomitando, con los ojos saltados a pedradas. ¡Lo descuartizarán igual que a un cerdo!

OLALLA.—(Le da una bofetada.) ¡Calla, víbora!

CAMACHA.—¡Callaos las dos!

JUSTINA.—¡Que él se salve! ¡Que él se salve!

OLALLA.—No querrá... (Musitado.) Antes o después estaba cierta de que sucedería... Creí que iba a tardar un poco, pero él ha alzado tanto la voz...

JUSTINA.—¿Te irás con él?

OLALLA.—Haré lo que me mande.

JUSTINA.—Tengo envidia de ti.

OLALLA.—No te durará mucho... Ser desgraciada te ha hecho ser mala. Como a todos. El erizo no tiene la culpa de sus púas... Gracias por avisarme...

(Va a salir.)

JUSTINA.—Cuidalo.

OLALLA.—Ese es mi oficio ahora.

CAMACHA.—Venga, vamos... terminad de una vez.

JUSTINA.—Más adelante, cuando esté ya a salvo, lejos, en otra tierra, háblale un día de mí. No pierdes nada... Dile por qué maté a mi hijo. Tú lo sabes.

OLALLA.—Cuando esté a salvo, de verdad a salvo, no necesitará ninguna explicación... Adiós.

(Sale.)

JUSTINA.—(Mientras la CAMACHA vuelve a atarle las manos. La amordaza.) Háblale de mí... Dile lo de mi hijo... por qué maté a mi hijo... Háblale de mí... Háblale de mí... Dile lo de mi hijo...

(Se queda, ya oscuro, aullando bajo la mordaza.)

OSCURO

(La cabaña de LÁZARO y OLALLA. OLALLA limpia despacio sus cuchillos. LÁZARO, a la puerta, como si esperara la llegada de alguien.)

OLALLA.—¿Quieres comer? Es tarde.

LÁZARO.—(Volviéndose.) ¿Qué haces?

OLALLA.—Limpiar mis cuchillos. Verlos brillar me gusta... Puedo mirarme en ellos. (Lo hace.) Estoy vieja.

LÁZARO.—Estás cansada.

OLALLA.—Cansada y vieja. (Se levanta y va hacia una pequeña lumbre.) Una noche me dijiste que tenía los ojos como brasas. Era verano... cuando más falta hacían se apagaron las brasas.

LÁZARO.—¿Tienes frío?

OLALLA.—Estoy acostumbrada... ¿Y el viejo Marcos?

LÁZARO.—Fue por su ataudcillo.

OLALLA.—Hizo bien... ¿Quieres comer?

LÁZARO.—Hoy no ha venido nadie.

OLALLA.—Vendrán.

LÁZARO.—Es tarde para que vengan.

OLALLA.—(Tomando un cestillo.) He traído comida.

LÁZARO.—¿De dónde?

OLALLA.—De por ahí. ¿La quieres?

LÁZARO.—Sí. Vamos a comer.

OLALLA.—(Dispone la comida.) Empieza tú. Yo no tengo hambre. (LÁZARO come. OLALLA saca del cestillo la Biblia de LÁZARO. La abre por donde está la cinta. Lee.) «A orilla de los ríos de Babilonia estábamos sentados y llorábamos... Cantad para nosotros un canto de Sión...» Traje tu Biblia, Lázaro.

(Él hace un gesto de afirmación.)

LÁZARO.—Muchas noches, haciendo guardia en un campamento... (Se ha levantado.) a la luz de otras estrellas distintas de éstas, he recordado tus canciones de aquel verano...

OLALLA.—¡Las recordabas tú...!

LÁZARO.—... no comprendía sus palabras, pero pensaba: cuando ella deje de cantar se terminará el mundo...

OLALLA.—(Un temblor en la voz.) Pues ya ves como no... (Decidida.) Vámonos, Lázaro.

LÁZARO.—(Sin sorpresa.) ¿A dónde?

OLALLA.—A esa Nueva España.

LÁZARO.—Lo que tengo que hacer no es en la Nueva España.

OLALLA.—O cualquier otro sitio... el mundo es grande ahora. (Mucha emoción disimulada.) Vámonos.

LÁZARO.—¿Todavía no están bastante limpios tus cuchillos?

OLALLA.—(Como sorprendida en algo malo.) Sí, ya están limpios... (Los guarda.) ¿Nos vamos?

LÁZARO.—(Muy de vuelta; golpeándole suavemente la mano.) Olalla, Olalla, Olalla, Olalla... sabía que la noche que no viniera nadie sería la última noche.

OLALLA.—(*Levantándose, apresurada, recogiendo.*) Entonces, vámonos.

LÁZARO.—Siéntate, Olalla... O no: Vete, mejor. Pueden hacerte daño. Vendrán ciegos.

(*Casi la lleva a la puerta.*)

OLALLA.—(*Sentándose.*) Ya me iré. En el fondo, siempre he estado sentada junto a los ríos de Babilonia, presa, sin cítaras. La vida, me decía: «Canta, canta.» Pero yo no quería...

LÁZARO.—A cada ser se lo creó para estar en su sitio. En eso consiste la felicidad.

OLALLA.—(*Incrédula y admirada.*) ¡La felicidad!

LÁZARO.—Yo ahora estoy en mi sitio. (*Sonríe.*) Y tú me pides que me vaya...

OLALLA.—Sí... (*Un arranque.*) Hasta los animales defienden su pelleja, Lázaro.

LÁZARO.—Los animales no tienen otra cosa. Debes salir cuanto antes.

OLALLA.—Saldré si tu vienes conmigo... Saldré si voy contigo. Mi sitio eres tú.

LÁZARO.—(*Oprimiéndole una mano.*) No. Tú tienes que cantar. Tú tienes que levantarte y cruzar los ríos, camino de Sión como en el Salmo. Y llevarte a todos los que quieran seguirte... Ese es tu sitio.

OLALLA.—(*En una queja.*) No nos amamos más que un verano, Lázaro... me están entrando ganas de gritar, de salir fuera y aullar como los perros. ¿Somos igual que perros? Voy a gritar ahí fuera.

(*Se acerca a la entrada.*)

LÁZARO.—Llévate la comida. (*Va a alargarle el cestillo: en una confesión.*) No quise tener hijos contigo: por eso se me castigó. Cuando entendí que toda sangre es pura, era tarde: se había secado la fuente de los hijos. (*Comienza a jugar con los dedos*

de ella.) La esmeralda la vendes en donde sepan lo que son esmeraldas y te haces con dineros para el viaje. A Domingo dale mi tabardo que tanto le gustaba. El libro, para todos, porque para todos se escribió... (*Llevándose las manos de OLALLA a su cara.*) Tus manos. Siento que todo me llegó y me llega a través de tus manos. (*OLALLA con un sollozo retira las manos.*) Que me entierren. Olalla: no todo muere cuando muere un hombre. (*Sollozo de OLALLA.*) La vida siempre empieza mañana, mañana, mañana...

OLALLA.—Ya no habrá más mañanas. Nunca veremos otro amanecer juntos.

LÁZARO.—(*Animándola.*) Estoy contento. Vine a decir que existe el paraíso y lo he dicho.

OLALLA.—Júramelo, Lázaro. Por lo que fuimos juntos, júrame que existe el paraíso. (*Con urgencia.*) Júramelo.

LÁZARO.—Existe. Quizá lo estropeamos, pero eso es cosa nuestra. La muerte, justifica lo que sin ella, no tendría disculpa.

OLALLA.—¿Por qué me hablas de muerte?

LÁZARO.—Porque es ella la que dará a mi vida su forma verdadera. En ella seré libre. (*Mirándola fijamente a los ojos.*) Acepto con alegría la muerte, Olalla, entiéndelo, y voy por ella al eje de la rueda, que está quieto mientras se mueve todo lo demás; mientras se mueve, Olalla, desesperadamente todo lo demás.

OLALLA.—(*Decidida.*) Lázaro, ¿había sitio a tu lado para mí?

LÁZARO.—(*Afirma serena y seriamente.*)

OLALLA.—Entonces, por si los que se amaron, en algún lugar, luego, vuelven a unirse, Lázaro, ¿tú me tomas a mí, a Olalla la judía, por esposa?

LÁZARO.—Te tomo.

OLALLA.—¿Te otorgas a mí como marido?

LÁZARO.—Me otorgo... ¿Y tú me tomas a mí Lázaro, como esposo?

OLALLA.—Sí, te tomo.

LÁZARO.—¿Y te otorgas a mí como mujer?

OLALLA.—Sí, me otorgo.

LÁZARO.—Hasta que la muerte nos separe.

OLALLA.—¡No! Ahora sé que la muerte no nos separará... Con los que quieran venir me iré a la Nueva España. No se agotará tu semilla, Lázaro: ¡te lo juro! *(Un cambio.)* Es la noche de bodas. Tienes que estar cansado. ¡El amor cansa tanto! Duerme un poco.

(Se escucha un ruido de grillos y chicharras. LÁZARO recuesta la cabeza sobre el regazo de OLALLA.)

LÁZARO.—Tú y los demás rogad a Dios que nos perdone a todos. No de uno en uno: a todos. *(Toma la mano derecha de ella y la besa.)* La muerte, cuando llega a su hora, es uno de los nombres de Dios. *(OLALLA comienza a cantar en voz baja una canción sefardy.)* Esa era la canción.

(Sonríe. Se adormece como en una nana.)

OLALLA.—*(Cuando lo ve dormido.)* Hijo mío... Vendrán con palos, con perros y con piedras... Te he amado y te amo. No, ni siquiera puedo decir eso: fue como un empujón que me duró toda la vida: No tuve más remedio... Tu cuerpo ha sido el único que dio gozo a mi cuerpo. *(Saca un pequeño cuchillo como una puntilla. Besa el cuchillo.)* Hijo mío... *(Da un golpe seco en el cuello de LÁZARO. El cuerpo de OLALLA, que sujeta a LÁZARO en sus convulsiones nos impide ver su sangre.)* Ya eres libre, amor, amor... Sólo un momento más y serás libre. *(Con los ojos en alto.)* Todopoderoso a quien yo no entendía, qué bien te entiendo ahora. Tú y yo somos iguales. A quien se ama hay que dárselo todo: hasta la

muerte... Recíbela... y dile que me llame. Ya eres libre. Ya eres libre. *(Han cesado las convulsiones de LÁZARO. OLALLA lo tiende sobre el suelo. Lo besa. lo cubre con su toca.)* No tardará en amanecer... *(Vuelve a acariciarle la cara.)* Si me hubieras matado tú a mí, Lázaro. Si me hubieras matado cuando yo te lo dije, Lázaro. *(Se comienzan a oír los ladridos de los perros y el ruido de la gente de ALONSO. OLALLA se incorpora. Irrumpe un grupo en el que vienen ALONSO, HERNANDO, FRAY GUZMÁN y los porquerizos. OLALLA se interpone entre el cadáver y ellos.)* Este hombre es mi esposo.

PORQUERO.—Está lleno de sangre.

DOMINGO.—Lo ha matado. Tiene sangre.

OLALLA.—Es sudor. Trabajó y ha sudado. Como Jesús en el Huerto de los Olivos.

ALONSO.—*(La abofetea.)* Los judíos tienen la costumbre de matar a sus redentores. Todos vosotros sois testigos de este crimen.

OLALLA.—*(Intentando salir, al FRAILE.)* Enterradlo, yo no he tenido tiempo.

ALONSO.—¿A dónde vas?

OLALLA.—A descolgar las cítaras de los árboles y ponerme a cantar.

ALONSO.—No te escaparás.

OLALLA.—*(A los PORQUEROS.)* Venid los que sabéis a donde voy. Venid. Deprisa. Cuando el sol salga hay que estar ya en camino.

(Aparece MARCOS con su ataúd.)

ALONSO.—No la escuchéis.

OLALLA.—¡Dejadlo todo! ¿Os acordáis? Dejad aquí lo que pueda pudrirse. Vamos, vamos. *(Frente a ALONSO.)* Y lo que está podrido que se quede también.

(A MARCOS quitándole el ataúd y dejándolo en el suelo.)

ALONSO.—Matad a esa judía.

OLALLA.—Vamos, abuelo, lo podrido, se queda.

ALONSO.—¡Matadla, cobardes!

OLALLA.—¡Benditos sean los que estrellen a vuestros hijos contra las rocas!

ALONSO.—¡Matadla u os mato yo a vosotros! ¡Cobardes!

OLALLA.—(Casi saliendo.) Venid conmigo. ¡Vamos! ¡Se lo he jurado!

ALONSO.—(Dándole la primera puñalada a OLALLA.) Que se escapa. Contra ella. Contra ella.

(Los porqueros acosan a OLALLA, herida, que intenta huir todavía.)

MARCOS.—(Tratando de interponerse.) No... Matadme a mí... A mí... Que ella se vaya... A mí...

(En el acoso alguien destroza el ataúd, del que saltan el esqueleto del brazo y la espada.)

OLALLA.—(Cayendo sobre el cuerpo de LÁZARO.) Ya... (Como decepcionada da un gemido que es casi una súplica.) No... (ALONSO la remata, OLALLA, sonríe.) Gracias... ¡Ya!

(Cae muerta sobre LÁZARO. Se oye el llanto de MARCOS que entona el «Dies irae». Comienza a amanecer. Los asesinos se retiran. El último FRAY GUZMÁN que, casi a escondidas, bendice los cadáveres. Con la luz, crece un canto de chicharras y grillos al que se une triunfal, una música de cítaras.)

TELÓN

SISTEMA DE BIBLIOTECAS
UR — RIO PIEDRAS

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

UR — RIO PIEDRAS